



¡buen trabajo, Hammond!

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

KELLTOM McINTIRE

**BUEN TRABAJO,
HAMMOND**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 624
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 3.995 - 1974

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1974

© KELLTON McINTIRE - 1974
texto

© ENRIQUE MARTIN - 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

584 — Cockery Row a las ocho.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.229 — Ya es hora de morir, Harry.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

48 — Del temple de los héroes.

CAPÍTULO PRIMERO

—Maldito calor —murmuró Jack Morain, pasándose el pañuelo por detrás del ancho cuello.

Miró de reojo a Chuck, que conducía el gran «Ford-Ranchero» sin pestañear.

Envidiaba a Chuck.

Porque su compañero parecía no sentir en lo más mínimo los rigores del caluroso verano.

El automóvil cruzaba las inmensas llanuras desérticas de Nevada.

Detrás, en el asiento posterior, dormitaban Sam Freeland y Dan Gaines.

«Están empapados en sudor, como yo», pensó Morain.

Y de nuevo fijó la vista en Chuck García.

«Mírenlo —siguió pensando Morain—. Se diría que acaba de salir de la ducha. Fresco, limpio, sin una mota de polvo, sin una gota de maldito sudor sobre su rostro».

Chuck era chicano. Es decir, norteamericano de origen mexicano.

«Claro, es casi un indio —siguió Morain su íntimo monólogo—. Está acostumbrado al calor tórrido. Vive en su ambiente, conduciendo este viejo trasto».

El automóvil avanzaba a ciento cincuenta kilómetros por hora a través de la interminable recta.

—Quiero llegar enseguida, Chuck —dijo Morain, perezosamente—. ¿No puedes ir más deprisa?

A Chuck le brillaron los negros ojos. Había una chispa de ironía en el frunce de sus labios.

—Como dicen en mi tierra... Yo sí, pero ¿dónde dejo el «carro»? —rió a carcajadas.

Morain barbotó una palabrota y le miró, furioso.

Se recostó cuanto pudo en el asiento y cerró los ojos.
«En Seattle no hacía calor», pensó.
Pero Seattle quedaba muy atrás. Miles de millas atrás.
Allí quedaban también los puercos

G-Men

que le habían hecho la vida imposible en los últimos meses.

Adiós al Lucky Jack, adiós a su negocio, adiós al boyante garito que explotaba en Seattle.

La policía lo había desmantelado por completo.

Y no sólo aquello: Morain había tenido que darse prisa en escapar para no dar con sus huesos en prisión.

En la caja del Lucky Jack habían quedado dieciocho mil dólares, casi toda su fortuna en efectivo.

Morain había estado a punto —por el dinero— de desafiar a la suerte que siempre le acompañaba.

Es decir, estuvo dudando entre volver al Lucky Jack y penetrar a sangre y fuego en la casa para recuperar su dinero.

Freeland era frío y cerebral. Y logró quitarle la idea de la cabeza.

—Si vuelves, te cazarán. Es mejor perder el dinero que perderlo todo, Jack —fueron sus helados razonamientos.

El aire candente del desierto penetraba por las ventanillas y quemaba su rostro cuidado, casi rosado.

El coche no disponía de acondicionador de aire y la temperatura, dentro, era inaguantable.

Si cerraba las ventanillas, se ahogaría. Si las mantenía abiertas, sus mejillas se quemaban al contacto con el reseco aire del desierto.

Abrió los ojos y miró hacia delante con desprecio.

—Tierra seca, tierra calcinada. Ni un árbol, ni un pájaro. Sólo arena. Arena y sol. Lagartos, serpientes... ¡Es una tierra maldita!

En el confín del horizonte, allá hacia el Oeste, se distinguía una fina línea oscura.

Chuck, que estaba mirándole, dijo:

—California.

—Tanto da —respondió Morain, despectivo—. Esta tierra es un asco. No sé cómo dejé que me convencieses para venir aquí.

Chuck rió levemente.

—Escucha, Jack. Todo esto parece pobre y abandonado, lo sé.

Pero hay oro..., ¡oro abundante!

Oro.

¿Dónde diablos estaba el oro? Morain no podía ver otra cosa que arena y rocas.

De repente, pensó en Silvie.

A ella le gustaba el oro, las joyas, todo lo que relucía y tenía precio.

¿Qué habría pensado Silvie tras su fuga?

Morain había considerado rescindida toda relación con ella.

Al fin y al cabo, ni siquiera estaban casados, aunque hubieran hecho vida en común durante casi tres años.

¿Remordimientos?

Tonterías. Morain no se ataba jamás a ninguna mujer. Ni a ningún hombre. A nadie.

Tenía junto a sí a Chuck, a Sam y a Dan porque ellos eran los que le facilitaban siempre las cosas.

Si había que «ablandar» a algún testarudo, Gaines, que tenía unos puños enormes y no conocía la piedad, convencía a quien fuese de que lo mejor era seguir la corriente a Jack Morain.

Sam Freeland, por ejemplo, utilizaba un revólver como nadie.

Y Chuck... Chuck era un experto conductor y un verdadero *public relation man*, por sus cualidades para hablar con la gente, investigar, ganarse las simpatías de todos, etcétera.

Pero si a Morain dejaran de interesarle aquellos tres hombres... Bien, se desharía de ellos, lo mismo que se había deshecho de Silvie y de...

El sol era una bola roja sobre el horizonte cuando Morain abrió los ojos.

La distante línea oscura de las montañas de California se habían convertido en un imponente macizo montañoso.

—¡Eh! —gritó Chuck, de repente—. ¡Ahí está Chand Springs!

Freeland y Gaines despertaron bruscamente, desconcertados.

También Morain se alzó sobre su asiento y miró con curiosidad hacia delante.

Medio kilómetro más allá se alzaban unas casas de reducida altura.

Chuck redujo la marcha.

Apareció un cartel metálico.

«CHAND SPRINGS. Población, 3100. Altitud,
900 m.
Hotel, estación de servicio.»

Debajo un cartelito:

«BIEN VENIDOS A LA ALEGRE CHAND SPRINGS»

Chuck condujo a lo largo de una calle muy ancha. Por las cómodas y sombreadas aceras pasaban hombres morenos, vestidos con trajes de color claro, veraniegos.

—¿Qué tal? —preguntó Chuck, gozoso.

Morain plegó los duros labios en un gesto ambiguo.

La calle terminó en una plaza anchísima, rodeada de bajos edificios.

El mayor de ellos era el hotel Sur-Nevada. Le seguía el edificio del Banco de California.

La plaza tenía un jardincillo de setos bajos. Había sicómoros, palmeras y sauces.

Había también un estanque donde crecían algunos lotos. Justamente enfrente de un gran bar, el *Chillis Snack*.

Los grandes ventanales del bar estaban celados por persianas graduables.

Había algunas mesas bajo los toldos de vivos colores.

Un hombre de hombros muy anchos, grueso y mofletudo, ocupaba una de las mesas.

Morain se sintió penetrado por la intensa sensación de frescura y de serenidad que reinaba en Chand Springs.

—Para —ordenó a Chuck.

Había mucho sitio para aparcar.

Chuck lo hizo en la zona próxima al estanque, junto a un *jeep* de color terroso marcado con la palabra «Pólice».

Morain abrió la portezuela derecha y se puso en pie.

Era un hombre de considerable estatura, rostro cuadrado e inexpresivo, hombros anchos y piernas largas.

Freeland y Gaines murmuraron algunas palabrotas al ponerse en pie. El largo viaje ponía calambres en sus piernas.

También Morain vaciló sobre sus largas piernas. Se sentía sordo, sucio y cansado.

Pero bajo los sicómoros en flor, la temperatura era tan agradable que dio unos pasos junto a las mesas del Chillis y aspiró profundamente el aire perfumado.

Chuck reía como un chiquillo.

Era el más resistente, consideró Morain, justo siempre en sus juicios más íntimos.

El chicano había conducido sin quejarse durante miles de millas. El propio Morain apenas había tocado el volante. Freeland y Gaines habían relevado en contadas ocasiones a Chuck.

Súbitamente, Morain se volvió al oír una voz femenina.

La voz pertenecía a una bellísima joven que bromeaba ante la puerta de la central de teléfonos local.

Junto a ella estaba un muchacho espigado, moreno, atlético, que le decía algo al oído.

Morain tragó saliva.

La muchacha hablaba dulce y musicalmente. Tenía los ojos negros y una silueta terriblemente atractiva: busto alto, pujante, cintura estrecha, piernas largas y perfectas, muy bronceadas.

En silencio, Morain la admiró un instante. La contemplación de aquella joven traía rápidamente a su memoria la figura de Silvie, tan dulce, tan complaciente, tan mimosa.

Sin poderlo comprender, sintió en su pecho unos furiosos celos. Celos del joven que bromeaba con aquella chica.

El muchacho llevaba un sombrero blanco, de alas muy anchas.

«Un vaquero», pensó Morain, que sólo había visto a los vaqueros en el cine o en la televisión.

Una camisa color caqui, unos pantalones rectos, frescos, unos brazos musculosos, color bronce..., un cinturón del que colgaba una pistola.

—Fanfarrón —murmuró Morain. Y se volvió.

Chuck, Freeland y Gaines se hallaban cómodamente instalados sobre butacas de hierro pintadas de blanco, bajo los parasoles del Chillis *Snack*.

Todos estaban tomando jarras de fresca cerveza.

—Hay una jarra sobrante, Jack —dijo el chicano. Y le tendió el recipiente, rebosante de cerveza rubia.

Bebió, despacio, un largo trago.

De reojo vio al hombre gordo del sombrero ancho. Tenía un

mostacho canoso que le cubría todo el labio superior e incluso el inferior.

Bebía gemosamente de la copa grande llena de un líquido color verde.

¿Ajenjo, julepe...?

Era curioso el tipo: bebía sin quitarse de la comisura de los labios el apestoso cigarro puro que fumaba.

El hombre sonrió amistosamente, Morain retiró la mirada.

—Todo es miserable en este lugar —barbotó Morain, con intención—. No vale la pena detenerse aquí.

Ya iba a protestar Chuck, cuando habló el gordo de la mesa próxima.

—Discúlpeme, amigo. Pero está terriblemente equivocado. Créalo; Chand Springs es una ciudad rica y próspera. Ciertamente que no está bellamente urbanizada, no hay semáforos ni embotellamientos. Pero aquí puede respirarse a pleno pulmón y vivir veinticuatro horas de cada día.

—¿Quién es usted? —preguntó Morain sin la menor vacilación.

El gordo bajó la copa de líquido verdoso y la estrella plateada que había sobre su camisa relució.

—Me llamo Corey Álvarez. Soy el comisario de policía de Chand Springs.

CAPÍTULO II

Morain estaba asomado a la ventana cuando llegó Sam.

—He aquí la lista —dijo Freeland, tendiéndole un papel.

La letra de Freeland era farragosa, pero Morain podía descifrarla fácilmente.

Sus ojos brillaron. Chuck tenía razón, Corey Álvarez también.

—Nevada Mines Ltd., Asunción Gold Co., Uranium of Nevada Corp, Palmera-Oasis, de Art Sullivan... —fue leyendo en voz baja.

Había hasta treinta nombres de otros tantos negocios ubicados en Chand Springs.

—Chuck está terminando otra relación. Como Gaines —dijo Freeland con su habitual lentitud.

Esperó un par de minutos. Morain seguía estudiando aquella nota.

—¿Qué decides, Jack? —preguntó Freeland, finalmente.

—Nos quedamos —respondió Morain.

Sus mandíbulas se habían apretado con energía.

Corey Álvarez estaba haciendo una mala, detestable digestión.

Y no era que el comisario de Chand Springs no poseyera un estómago suficientemente robusto.

Por la abundante comida despachada en el almuerzo se le había atragantado después que míster Allen, del Banco de California, le recibiese en su despacho, poco después del mediodía.

Al fin había llegado el momento. Álvarez observaba de reojo a míster Allen en silencio, tratando de averiguar sus pensamientos.

Allen carraspeó levemente, abrió un cajón de su despacho y depositó sobre la mesa algunos documentos.

Siete cheques y un estado de cuentas.

—Siento tener que hablar así, comisario. Pero ésta es la realidad —dijo de pronto Allen, como si hubiera tomado mentalmente

carrerilla para hablar—: Ha firmado siete cheques sin fondos. Todo ello arroja un saldo negativo en su cuenta de... a ver... Sí, ocho mil doscientos cincuenta dólares. Supongo que todo se debe a un descuido, señor Álvarez.

Corey se pasó la punta del cigarro de una comisura a la otra.

—Usted sabe que firmar cheques sin fondos supone un delito, comisario. Pero tratándose de usted, he preferido ocultar el hecho, mantenerlo en secreto. Confío en que dispondrá de fondos para reponer esa cantidad.

Corey se agitó, nervioso, en su asiento. Su inmenso vientre se desbordaba fuera de los reposabrazos.

—Desde luego, lo repondré —dijo, simulando firmeza.

—Esto... Bien, deberá depositar esa cantidad antes del sábado. Lo siento, comisario, pero no puedo mantenerlo en secreto por más tiempo.

El comisario se puso penosamente en pie. Sudaba.

—Gracias, señor Allen. Tendrá ese dinero. Volveré por aquí antes del sábado —prometió, con voz menos segura.

Y abandonó el Banco.

Dan Gaines se separó de la puerta velozmente.

El despacho de Corey Álvarez estaba situado en un extremo de la plaza.

Era un edificio bajo, como la mayoría, construido en piedra y hormigón.

Había un gran porche sombreado y limpio.

Morain llegó a las ocho de la tarde, acompañado de Freeland.

En el vestíbulo había un joven policía, moreno.

—Quiero ver a míster Álvarez —dijo Morain.

Joe Hammond borró la cordial sonrisa de sus labios al oír el tono autoritario del recién llegado.

—Muy bien. Dígame su nombre —pidió Hammond.

—Morain. El comisario me está esperando.

Hammond se puso en pie perezosamente y les guió a través de un pasillo.

Cerca se oían los gritos escandalosos de alguien que exigía la presencia de un abogado.

Hammond se detuvo ante una puerta lisa, de madera, golpeó discretamente y la empujó.

—Pasen.

Corey Álvarez miró con curiosidad al alto Morain y a su acompañante.

—Está bien, Hammond. Puede volver ahora —dijo, pasándose nerviosamente el pañuelo por el cuello.

Morain se instaló rápidamente en un sillón, sin esperar la invitación de Álvarez.

Freeland permaneció en pie, con su cámara fotográfica colgada del hombro derecho.

—Ustedes son los forasteros de anoche —observó Álvarez, sacando un cigarro de su camisa—. ¿Qué se les ofrece, qué necesitan?

—Vayamos al grano, Álvarez —dijo Morain, concisamente—. El que necesita algo urgentemente es usted.

A pesar de su corpulencia, Álvarez respingó sobre su asiento como si le hubiesen clavado una docena de alfileres de improviso.

Iba a hablar, a protestar enérgicamente. Pero Morain le interrumpió:

—Sé que se encuentra en un aprieto, comisario. Un aprieto de ocho mil doscientos cincuenta dólares, exactamente.

Álvarez mordisqueó el cigarro, desconcertado.

—¿Y bien? ¿Qué significa? —murmuró, estupefacto.

—Yo tengo ese dinero. Se lo daré. De esa forma continuará en su empleo y podrá vivir tranquilo.

Los ojos de Álvarez siguieron el movimiento de las manos de Morain, que extraían un sobre abultado del bolsillo interior de su chaqueta veraniega.

Los gordetes brazos del comisario se tensaron.

—¡Eh, eh! —exclamó—. Vaya más despacio, amigo.

—Me llamo Morain, Jack Morain.

—Pues bien, señor Morain: ¿adónde va a parar? Nadie da nada por nada. Ese dinero... ¿Qué va a exigirme a cambio de él?

Había desconfianza zorruna en la expresión del comisario.

Pero Morain sonrió agradablemente.

—Tranquílcese, comisario. ¿Quién podría sacarle de un serio atolladero sino un amigo? Usted sabe que no tiene la menor probabilidad de obtener ese dinero para devolverlo al Banco.

—¿Qué pretende?

—Ayudarle. Tal vez instale un negocio en este lugar. Me gustaría mantener relaciones cordiales con el comisario, eso es todo.

Álvarez tragó saliva. Necesitaba el dinero urgentemente, no podía ocultarlo.

Adivinando sus sentimientos, Morain tomó el sobre en sus manos y fue desplegando los billetes en abanico.

Inconscientemente, Álvarez adelantó una mano y la puso sobre el dinero.

¿Qué mal habría en aceptarlo? Morain no podría extorsionarle, puesto que nada le exigía a cambio.

No había ningún documento, ninguna prueba de que Corey Álvarez se hubiera dejado sobornar o aceptase regalos sospechosos.

Un relámpago destelló ante sus ojos. Respingó, sobresaltado, y vio a Freeland que rebobinaba aprisa el carrete de su cámara fotográfica dotada de cubo-*flash*.

—¡Eh, oiga! —chilló cuando la comprensión llegó a él—. ¡Deme ahora mismo esa máquina! ¡Démela o...!

Fue a sacar su pistola de la funda, pero Morain se incorporó ágilmente sobre la mesa y le golpeó secamente en la mandíbula.

—No sea idiota, comisario —advirtió, con voz helada—. Lo hecho, hecho está. La foto que ha tomado mi compañero es una simple precaución. Yo le ayudo a usted; usted, de aquí en adelante, me ayudará a mí.

Corey Álvarez exhaló un gemido.

Entretanto, Freeland se había acercado rápidamente a él y extraía la pistola del comisario de su funda.

Atontado, Álvarez se encogió sobre su asiento de puro terror.

—¡No! ¡No dispare! —imploró, tembloroso.

Morain rió sin ganas.

—No tema. No nos interesa muerto, sino vivo, mi querido comisario.

Los ojos desorbitados de Álvarez siguieron los hábiles movimientos de Freeland, que había extraído el cargador del arma de un seco golpe y sacaba los proyectiles sobre la palma de su mano.

Luego, Sam limpió la pistola con un pañuelo y la dejó sobre la mesa.

—Tome ese dinero, Álvarez. Guárdelo. Y ahora, acompáñenos

hasta la puerta. Quiero que empiecen a conocerme en Chand Springs como ciudadano honrado, como desinteresado colaborador de las autoridades.

Corey plegó los labios en un gesto resignado. Y se puso en pie.

Salieron al pasillo. Los gritos seguían escandalizando.

—¿Quién es? —preguntó Morain al comisario.

—Parry Curtis, un borracho peligroso. El juez le condenó a pagar cien dólares de multa o un mes de prisión por altercado. Tiene mala sangre ese Curtis. Peleó a puñetazos contra cinco hombres. Y los tumbó.

Morain retrocedió por el pasillo y llegó ante la reja de la celda.

Inmediatamente, un brazo musculoso apareció entre dos barrotes y tomó a Morain por la chaqueta, atrayéndolo brutalmente.

Morain ni siquiera se descompuso. Dio un tirón y apalancó el brazo contra un barrote.

Sonó un alarido y el hombre le soltó, retrocediendo de un salto.

Morain le observó en silencio.

Curtis tenía unos hombros anchísimos y un pecho robusto y potente.

Sus ojos brillaban como carbúnculos y sus labios temblaban.

—¿Quién es este tipo? —rugió—. Lo partiré en dos en cuanto salga de este agujero.

—Vas a tener ocasión de hacerlo muy pronto —respondió Morain, despectivamente.

Se volvió hacia Álvarez y preguntó:

—Esa multa de cien dólares, ¿puede hacerse efectiva ahora mismo?

El comisario asintió, mientras se acariciaba suavemente el mentón.

Morain sacó entonces su billetera y entregó a Álvarez diez billetes de diez dólares.

El comisario llamó a Joe Hammond, su policía ayudante.

—Abra la celda, Joe. Parry Curtis es libre. El señor Morain ha pagado la multa.

Hammond miró a Morain con rabia no disimulada.

—¿Por qué lo hace? Curtis es un salvaje. Lo mejor sería dejarlo ahí durante treinta días.

—Usted es Hammond, ¿eh? —respondió fríamente Morain—.

Está bien, supongo que su deber consiste en abrir esa reja y en callarse la boca.

Hammond alzó el mentón violentamente y fue a responder. Pero finalmente, sacó un llavero y abrió la celda.

Curtis les miró desde el fondo de la reja sin hacer un solo movimiento.

—Sal, eres libre —dijo cansadamente Hammond.

Morain retrocedió dos pasos y esperó que el preso alcanzase el pasillo.

Curtis les miró sin comprender.

De repente, Morain alzó un brazo y golpeó de forma terrible a Curtis en el estómago.

El preso gimió de dolor y se dobló sobre sí mismo. Antes de que cayese al suelo, Morain movió el brazo izquierdo y le elevó de un tremendo gancho al mentón.

Curtis se tambaleó, vaciló sobre sus pies.

Morain le ayudó a conservar el equilibrio apoyando un codo sobre su garganta.

—Debes aprender que a Jack Morain se le habla siempre con respeto, querido Curtis —dijo, mirándole fijamente a los ojos—. Vamos.

CAPÍTULO III

Morain bajó del coche y se estiró la chaqueta.

—Eso es Palmera-Oasis —dijo Chuck, que acababa de rodear el automóvil para reunirse con Morain.

Detrás, bajaron Freeland, Gaines y Parry Curtis.

El aspecto de Curtis había cambiado asombrosamente.

Un baño, un cuidadoso afeitado, un traje nuevo, entallado, y un fresco suéter verde, habían obrado milagros.

Frente al grupo de cinco hombres se alzaba una edificación estilo *bungalow*.

En la fachada guiñaban continuamente las luces del luminoso.

Palmera-Oasis... Palmera-Oasis...

—Un bello lugar —dijo Morain, satisfecho.

Sus ojos recorrieron la frondosa arboleda que circundaba el club, las herbosas pistas del campo de golf, las piscinas, la pista de ceniza para carreras de trotones, el jai-alai...

Los ojos de Morain relumbraron de codicia.

Algo como el club Palmera-Oasis era lo que había ambicionado toda su vida. Unas completas y cuidadas instalaciones displacer, no el cuchitril donde había estado instalado el Lucky Jack, en Seattle.

Atravesaron la zona de aparcamiento y penetraron en el vestíbulo. Un mural de cerámica de quince metros de longitud decoraba la entrada.

—Parry —llamó Morain.

Curtis se aproximó a él dócilmente.

—¿Recuerdas tu papel? —preguntó entonces Morain.

—Sí, señor Morain.

—Perfectamente.

Curtis se adelantó y penetró el primero, distanciado.

El portero, un negro, les saludó con una leve inclinación de

cabeza.

—Es el único hombre del personal —dijo Chuck—. El resto de los empleados son... mujeres.

Era cierto.

La larguísima barra de metal cromado estaba atendida por preciosas chicas de ceñidos suéteres y sonrisa fácil.

Cerca, la inmensa pista de baile estaba rodeada por plataformas escalonadas, repletas de mesitas.

Anocheceía. A primera hora, el club Palmera-Oasis apenas estaba frecuentado por muchachos y muchachas.

Una mujer negra, bellísima, cantaba con voz aterciopelada un *blue*, acompañada al piano por un negro anciano, de cabellos plateados.

Eran jovencitas las muchachas que atendían las mesas. Pimpantes, generosas en la exhibición de sus encantos físicos.

Parry Curtis se había aproximado al piano y parecía seguir extasiado el *blue* que la escultural negrita vocalizaba con facilidad.

—Perfecto ambiente —murmuró Morain, satisfecho. Y añadió—: Sentémonos.

Ocuparon una mesa en la plataforma más elevada, en un rincón discreto.

Una jovencísima *stewardess* subió la escalinata contoneando las caderas.

Morain pidió cerveza para los cuatro.

La paladeaba a pequeños sorbos, con un placer infinito, concentrado.

Chuck comenzó a impacientarse media hora después.

—¿Qué esperamos, Jack? Me siento sobre ascuas —gruñó.

—Tranquilízate. Esperemos que las mesas vayan llenándose. Necesitamos más público. Todo debe realizarse a su tiempo —respondió Morain, con serenidad.

A la negrita del *blue* reemplazó poco después una orquesta *pop*. Unas docenas de muchachas y muchachos invadieron la pista de baile circular.

Las mesas fueron ocupándose poco a poco. Pero la temperatura seguía siendo igualmente fresca y agradable.

La orquesta *pop* desapareció. La cantante de color y el pianista ocuparon un extremo de la pista.

Allí estaba Parry Curtis, con un largo vaso en la mano, murmurando unas palabras al oído de la cantante, que sonreía levemente.

De repente, Chuck señaló hacia una mesa situada en la plataforma inferior.

Un caballero con *smoking* blanco saludaba amablemente a unos clientes, recién llegados.

—Ése es Art Sullivan —dijo en voz queda Chuck García—. Cincuenta y dos años, casado con una chica de veintidós. Sullivan estuvo en la cárcel hace tres años. Drogas.

—Muy escueto y exacto —alabó Morain—. ¿Sabes quiénes son los caballeros que se sientan a la mesa?

A Chuck le brillaron los ojos.

—Ajá... El delgado es Joseph Dunhill, delegado de la Asunción Gold Co. Mirad al *dandy* de la derecha. Se llama Stuart Smith. Un ingeniero experto en geología. Trabaja en prospecciones para la Nevada Mines Ltd. El mes pasado encontró dos filones al borde del desierto. Las acciones de la Nevada han subido muchos enteros desde que Smith trabaja para la empresa. Ese hombre huele el oro, muchachos.

—¿Y el tercero? —insistió Morain.

—David Palmer. Un águila, Jack. Llegó a Chand Springs hace tres años, conduciendo un camión cargado con material de minería. Se quedó aquí y construyó un almacén de material especializado, contando con la ayuda financiera de los magnates del oro. Hoy posee instalaciones modernísimas y su cuenta bancaria se eleva por encima del millón de dólares. Un tipo emprendedor, que aprovechó debidamente su oportunidad —terminó Chuck, con admiración.

Morain le escuchaba atentamente, cada vez más complacido.

—¿Hay más detalles? —quiso saber.

—Bueno... Dunhill es casado. Su esposa vive en Los Ángeles y él se empeña en no traerla al desierto, ¿comprendes? Contra Stuart Smith hay interpuesta una petición de divorcio. He sabido que el ingeniero no quiere divorciarse. Su esposa posee una fortuna colosal, por lo que es comprensible que nuestro admirado Smith haga todo lo legalmente posible por seguir casado con Agatha Smith, Lowell de soltera. En cuanto a David Palmer, espera contraer matrimonio con Loretta Peyton, una solterona con diez millones de

dote, que vive en Carson City. El matrimonio engrosaría en mucho su fortuna.

—Curioso —comentó Morain—. Por la actitud de Sullivan, adivino que los tres caballeros suelen frecuentar este club.

—Sí. Art Sullivan suele cederles algunas habitaciones privadas. Ahora tomarán un aperitivo, charlarán amigablemente y... desaparecerán. Sus amiguitas les esperan ya en las habitaciones de Sullivan. Todo discreto, todo amable, todo seguro.

—Comprendo —respondió Jack. Y miró a Sam Freeland.

—¿Has aprendido el manejo de la cámara microfilm, Sam? —preguntó a continuación.

Freeland asintió. Jamás sonreía.

—Fue fácil. Sólo estropeé tres carretes antes de conseguirlo —respondió.

Chuck rió con todas sus fuerzas.

—Bien. Ve abajo, Sam. Y procura deslizarte hasta esas habitaciones privadas. Tú sabes muy bien lo que puedes hacer.

—Sí —respondió Freeland.

Y bajó sin prisas la escalinata alfombrada en moqueta roja y abandonó la sala.

Morain oprimió un botón instalado sobre la mesa y una discreta luz destellante de aviso comenzó a funcionar.

La linda camarera estuvo allí un momento después. Morain pidió otras cervezas.

—Ah, lo olvidaba. ¿Quiere entregar esta tarjeta al señor Sullivan? —preguntó amablemente.

Art Sullivan tuvo la tarjeta en sus manos dos minutos después.

Un tanto perplejo, sacó unas gafas y la leyó.

—International Insurance Co. Jack Morain, director gerente. Londres, París, Roma, Madrid, Nueva York, Los Ángeles, Honolulu, Hong-Kong...

Había unas palabras manuscritas: «Me gustaría charlar unos minutos con usted. ¿Le importaría subir a mi mesa?».

—Es el caballero del traje crema, señor Sullivan —le informó la camarera, señalando discretamente la mesa de la última plataforma.

Sullivan dudó un momento. Pero luego pensó que nada perdía con escuchar al desconocido Morain.

¿Seguros?

Bah... A Sullivan no le interesaban. Su negocio funcionaba perfectamente. Y por otra parte, los riesgos estaban cubiertos mediante una póliza con la South American.

Subió despacio, correspondiendo a los saludos que le dirigían sus clientes.

—¿Señor Morain?

—Síntese, por favor —rogó Jack, ofreciéndole el asiento de Freeland.

—Sólo un minuto —accedió Sullivan—. Debo atender mi negocio. ¿De qué se trata?

—Usted ha visto mi tarjeta. Soy director de la International Insurance. En realidad, estamos realizando una encuesta acerca de los riesgos que corren negocios como el suyo, amigo Sullivan. Ya sabe, altercados, riñas, gamberros que destrozan toda una carísima vajilla, borrachos que se desmandan y hacen trizas un local.

—Chand Springs es una ciudad muy tranquila, señor Morain —replicó Sullivan, rápido.

—Lo sé, lo sé —dijo pacientemente Morain—. Pero ¿hasta cuándo? Ésa es la cuestión. Un seguro cubre cualquier riesgo. Desde un incendio hasta las consecuencias de una venganza personal. El nuestro...

—No me interesa. Le ruego me disculpe —dijo Sullivan, de pronto.

Y quiso ponerse en pie. Pero Dan Gaines le aferró por un brazo y le obligó a permanecer en su sitio.

—Es usted extremadamente descortés, Sullivan —dijo entonces Morain, con frialdad—. No he terminado de hablar.

Sullivan miró por primera vez con miedo a los tres hombres. Durante unos segundos sólo se oyó la dulce voz de la cantante de color y las nostálgicas notas del piano.

—Está... está bien. Diga lo que sea —respondió Sullivan.

—Eso está mejor. Las condiciones de la International son razonables. Una cuota de mil dólares mensuales contra la garantía de no sufrir la menor pérdida material ni el menor daño físico.

Sullivan palideció.

—¡Mil dólares! Ahora comprendo... ¡Ustedes son unos...!

Morain le atajó con un gesto.

—No diga nada de lo que después podría arrepentirse, Sullivan.

Usted posee un negocio floreciente. Calculo que en su caja entran unos... diez mil dólares semanales. ¿Me equivoco?

Sullivan parpadeó, profundamente desconcertado. ¿Cómo sabía Morain aquel dato con tanta seguridad?

—Mil dólares mensuales no supondrán gran cosa para usted, Sullivan. Por supuesto, nadie le obligará a que suscriba una de nuestras pólizas. Es absolutamente libre.

—En ese caso, no perderé más el tiempo. No necesito... *seguros*, señor Morain.

—Perfectamente. Buenas noches, amigo Sullivan. Ha sido usted muy amable —respondió Morain, suavemente.

El dueño del Palmera-Oasis escapó de allí como liebre perseguida por una docena de lebreles.

Morain encendió un cigarrillo.

Desde abajo, Parry Curtis vio el mechero encendido y se dispuso a la acción.

De improviso se acercó a la muchacha de color y vertió su vaso en el amplio escote.

La mujer dio un grito y salió corriendo.

—¡Asquerosos, bastardos, apestosos, mofetas! —gritaba Curtis como un energúmeno.

E inclinándose levemente, atenazó el piano de cola y lo volcó aparatosamente.

Sullivan, que descendía en aquel momento, palideció.

Algunas mujeres chillaron y emprendieron la desbandada a través de las mesas.

Parry, convertido en una furia, seguía destrozando el piano.

—¡Ésta es una covacha infecta! ¡Me han intoxicado, mi sangre está hirviendo! ¡Canallas, bastardos, estafadores, granujas!

Las chicas de la barra gritaron de terror al verle avanzar hacia allí, esgrimiendo una de las patas del piano, desgajada.

Parry saltó sobre la barra, elevó el tremendo mazo y fue recorriendo las estanterías, repartiendo golpes a diestro y siniestro.

El licor salpicó las paredes y los vidrios volaron en todas direcciones.

La alarma cundió en la sala.

—¡Está loco, ese hombre se ha vuelto loco! —gritó alguien.

Hombres y mujeres buscaban ansiosamente la salida, saltando

por encima de las mesas, volcándolas, destrozándolas.

Sullivan, más pálido que la misma muerte, miró hacia la plataforma superior con ira.

Morain le devolvió una sonrisa serena.

«¿Lo ve? —Parecía decir—. Nadie puede predecir cuándo surgirá la catástrofe, amigo Sullivan. Yo le previne».

De repente, Sullivan lanzó una blasfemia y giró sobre sus talones. A codazos, a golpes logró abrirse paso hacia sus habitaciones.

Un minuto después penetraba en su despacho y descolgaba el teléfono con urgencia.

Ya estaba marcando el número del cuartel de policía, cuando Sam Freeland apareció a su espalda.

Llevaba una pistola en la mano y la usó contundentemente.

Sullivan exhaló un gemido sordo y cayó al suelo, golpeándose duramente contra la arista de la mesa.

CAPÍTULO IV

En la plaza, Art Sullivan se cruzó con Joe Hammond, el ayudante del comisario Álvarez.

Hammond observó en silencio la venda que rodeaba el cráneo de Sullivan por debajo del sombrero.

—Buenos días, señor Sullivan. ¿Le importaría charlar unos minutos conmigo? —dijo Joe.

—Buenos días, Joe. Tengo prisa. En realidad...

—Será un momento. Anoche, cuando llegamos al Palmera-Oasis, apuntó la posibilidad de que Morain hubiese pagado a Curtis para armar el escándalo en su negocio. Luego, pareció retractarse inmediatamente. ¿Por qué?

Sullivan dirigió su mirada al suelo.

—No... ¡no estaba seguro! Tres de mis chicas hablaron a favor de Curtis, usted las oyó. Dijeron que Tom Jackson, el pianista, había insultado claramente a Curtis. Luego...

—¿Qué? —preguntó Joe Hammond, con gran interés.

—Bueno, pues... Pensé que mi negocio podría resentirse con el escándalo de un proceso. Bastante fue lo de anoche.

—¿Ésa fue la única razón para que retirase su denuncia, señor Sullivan? —preguntó Joe, con suspicacia, mientras vigilaba con atención las facciones del propietario del Palmera-Oasis.

—Sí, ésa fue —confesó Art, vacilante.

—Bien, tenía la esperanza de que usted me ayudase. Pero veo que no hay manera. ¿Cómo se ha levantado tan temprano, señor Sullivan? Recibió un golpe muy fuerte. El doctor Gable le aconsejó guardar cama durante unos días.

—No puedo permitirme ese lujo, créalo, Joe. Le agradezco sus atenciones. Buenos días.

Joe Hammond movió la cabeza viendo alejarse a Sullivan.

Pero Joe tenía su idea.

Las idas y venidas continuas de los hombres que llegasen a Chand Springs acompañando a Jack Morain habían despertado su curiosidad.

Después de la bronca originada por Parry Curtis en el club de Sullivan, las sospechas de Hammond crecían como la espuma.

Parecía existir una relación clara entre Morain y Curtis. ¿Por qué, si no, había pagado el primero los cien dólares de la multa impuesta al segundo?

Joe estuvo observando disimuladamente a Sullivan desde la terraza del Chillis *Snack*.

Sullivan se había detenido ante el escaparate de una librería y parecía curiosear los libros expuestos allí.

Pero en cuanto Hammond penetró en el bar, Sullivan se apartó de la librería, y se encaminó directamente al hotel Sur-Nevada.

Penetró en el vestíbulo, habló unas palabras al recepcionista y subió lentamente los peldaños de la escalera.

Jack Morain había alquilado seis apartamentos de la planta segunda.

Sobre una puerta, en rutilantes letras doradas, Sullivan leyó aquellas palabras.

INTERNATIONAL INSURANCE CO.

JACK MORAIN

Director gerente

Llamó tímidamente, como con miedo.

El gigantesco Dan Gaines fue el que le abrió la puerta.

Había un cómodo *living*, perfectamente amueblado. Pero Gaines le guió hasta un amplio despacho cuyo ventanal dominaba la plaza de Chand Springs.

—Éste es el señor Art Sullivan, señor Morain —dijo Gaines, con voz engolada.

Morain se volvió y sonrió.

—Buenos días, amigo Sullivan. ¿Puede imaginar cuánto siento lo ocurrido anoche en su club? Pero, siéntese, por favor —ofreció.

Sullivan continuó en pie.

—No es necesario que siga fingiendo, Morain. Conozco a las gentes de su calaña. Se rodean de mucha pompa y palabras fáciles, pero sólo son bandidos. ¿Por qué me pidió que viniese a verle?

Morain le miró con dureza.

—¡Siéntese! —repitió.

Y Sullivan se sentó, dominado fácilmente por Morain.

—Ya no que no quiere perder el tiempo, iré directamente al grano, Sullivan. Mire el documento que hay sobre la mesa. Usted sabe que Parry Curtis tenía un vaso en la mano cuando le detuvo la policía. He enviado ese vaso, con unos restos de bebida, a un químico. El resultado está ahí: contiene alcohol, esencia de frutas y... cocaína en polvo.

Sullivan dio un respingo.

De un manotazo alcanzó el certificado y lo leyó con ansia.

—¡Es una farsa, un chanchullo asqueroso! —gritó—. Los combinados que se sirven en mi negocio son inofensivos. ¡Usted cambió el contenido del vaso para hundirme, Morain!

—Está diciendo tonterías, amigo. Corey Álvarez en persona arrancó el vaso de manos de Curtis. El comisario lo entregó al laboratorio por indicación mía, lo confieso. Y el resultado está a la vista. Y ahora, escúcheme con atención, Sullivan: si yo entregase este certificado a las autoridades. ¿Se imagina cuál sería exactamente su porvenir?

A Sullivan le temblaron las manos.

Se imaginaba adónde iba a parar Morain.

Años atrás, Sullivan había cumplido una condena por tráfico y venta de drogas.

Había hecho caso a Al Gallagher, un sinvergüenza sin escrúpulos. Gallagher logró despertar su ambición.

—Te harás rico en menos de un año, Art. Vale la pena arriesgarse.

Pero en el Palmera-Oasis fue encontrada una chica menor de edad en estado gravísimo. Se había administrado una dosis intolerable de heroína.

El escándalo tuvo gran resonancia. Agentes federales, llegados de Carson City, registraron el club y encontraron, perfectamente escondidos, algunos paquetes de heroína.

Sullivan no se encontraba en el Palmera-Oasis y en ello residió su salvación, porque pudo ponerse en contacto con Douglas McCord, un amigo y excelente abogado criminalista.

McCord logró una condena suave, corta.

Sullivan alzó los ojos y miró a Morain con odio.

Era cierto: si Morain entregaba aquel documento a la policía, estaría absolutamente perdido porque ahora, siendo reincidente, la condena no bajaría de doce años de prisión.

Sullivan tenía cincuenta y dos años. El sabía muy bien que no aguantaría ya una segunda condena.

—¡Morain, usted sabe que no soy culpable! —sollozó, hundido ya el ánimo.

Su interlocutor sonrió con frialdad.

—Tal vez. Pero ahí está ese documento. No se moleste en romperlo, Sullivan. Ordené que lo extendieran por duplicado.

—Entonces...

—No voy a entregar el certificado a los

G-Men...

si se muestra razonable.

—Escuche, voy a firmar una de sus pólizas, lo que quiera.

—Eso es muy sensato, amigo mío. Sólo que usted me ha causado algunas molestias. Sé que me acusó de haber incitado a Curtis. Todo eso debe pagarse. Subiré su cuota a dos mil dólares.

—¡Los pagaré! —asintió rápidamente Sullivan.

—Además... —Morain jugueteaba, distraído, con un bolígrafo de oro—. Usted no es hombre de fiar, Sullivan. ¿Quién asegura que no se volvería atrás de su promesa en cualquier momento? Tendrá que abonarme un año por adelantado. Es decir, veinticuatro mil dólares.

—Está... ¡está loco, Morain! Es mucho dinero.

—Más perderá si comete la locura de desoír mis consejos, Sullivan.

—Pagaré dos mil dólares. El contrato de seguros será suficiente —interpuso débilmente Sullivan.

—La International funciona con sistemas nuevos. Nada de documentos. Tiene nuestra palabra. Nada le ocurrirá a su negocio. Seguirá ganando dinero y, probablemente, se enriquecerá. Todo ello si paga.

—¡Es usted un...! —gimió Sullivan.

Pero Morain le interrumpió.

—Por favor, nada de insultos, amigo Sullivan. Comportémonos como caballeros. Deberá hacer efectiva la suma de veinticuatro mil dólares hoy mismo. Y ahora, si me permite, debo despachar otros

asuntos. Buenos días.

Sullivan boqueó como el pez fuera del agua. Gruesos goterones de sudor corrían ya por su macilento rostro.

Tragó saliva, irguió grotescamente los hombros y sacó un talonario de cheques.

—De acuerdo. Le haré un cheque por veinticuatro mil —dijo.

—Nada de cheques —rehusó Morain, con suavidad—. Dinero en metálico, billetes. Puede enviarlo con quien quiera. Antes de que termine el día, amigo Sullivan.

—Lo... lo haré. Pero quiero esos dos certificados —exigió.

—No sea iluso, Sullivan. Guardaré estos certificados como garantía de que seguirá comportándose sensatamente. Gaines, por favor, acompañe al señor Sullivan a la puerta.

Cuando Sullivan hubo salido, Dan Gaines observó a Morain con curiosidad.

—No comprendo una palabra, Jack. ¿No es suficientemente bueno un cheque? Sullivan podría meditarlo y volverse atrás. En cambio el cheque...

—El cheque puede ser un camino seguro hacia la penitenciaría, Dan. Hay que cobrarlo, hacerlo efectivo. Y siempre quedan en el Banco documentos comprometedores. ¿Vas entendiendo?

Gaines le miró con admiración.

—Eres muy inteligente, Jack. Creo que tienes razón.

Morain lanzó una carcajada.

Tenía entre los dedos el certificado del laboratorio químico. De repente estiró los dedos, lo partió por la mitad, lo dobló y siguió dividiendo el papel hasta reducirlo a pedacitos insignificantes que quemó un momento después sobre un cenicero de cristal.

Viéndole hacer aquello, Gaines lanzó una exclamación contenida.

—¡Jack! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué significa esa tontería? Si quemas el certificado, Sullivan será libre.

Morain le dirigió una mirada burlona.

—¿Tú crees? El piensa que yo tengo el certificado en mi poder y no dudará de que haré uso de él si se muestra reacio a pagar. Por otra parte...

—¿Por qué romperlo? No entiendo una palabra...

—Tienes grandes músculos, Dan, pero no ves más allá de lo que

tienes ante tus ojos. Escucha, Dan, estúpido; ese certificado no era más que un impreso que yo mismo rellené. Álvarez lo robó del laboratorio, siguiendo mis instrucciones. Es decir, el documento no era válido para otra cosa que para asustar a Sullivan.

Si fuera a parar a otras manos, podría comprometerme, puesto que sólo es una falsificación de mi puño y letra, querido Dan.

—Es... es increíble —murmuró Gaines, boquiabierto.

Pero Morain no le dejó seguir demostrando su admiración.

—Avisa a Freeland. Dile que le necesito aquí... Ah, y que traiga las fotografías.

—Bien.

Cuando Dan hubo desaparecido, Morain se recostó más cómodamente en su sillón de cuero y murmuró:

—Es hora ya de ampliar mi negocio. Empecemos, por ejemplo, con el honorable Joseph Dunhill, delegado de la Asunción Gold Co.

CAPÍTULO V

Chuck abandonó la carretera y condujo el coche a lo largo del camino que llevaba a la mina.

Remontó una suave colina y desde lo alto pudo divisar el panorama incomparable de Chrystal Valley.

En la ladera, una gran cadena de transporte funcionaba sin cesar extrayendo el cuarzo aurífero de las entrañas de la tierra.

Había *bulldozers*, tractores, camiones y toda clase de material pesado en la explanada próxima.

Chuck señaló con el dedo el gran barracón metálico y dijo:

—Dunhill debe estar allí. Son las oficinas de la mina. Hoy es sábado. Dunhill debe supervisar el pago de sus salarios a los obreros.

Bajaron despacio, sin prisas.

—Es un capricho de Jack. ¿Por qué ver aquí a Dunhill? No me parece sensato. Hubiera sido mejor visitarlo en su casa de Chand Springs. Y más seguro —dijo Sam Freeland, que viajaba en el asiento posterior.

—¿Tienes miedo? —preguntó burlonamente Chuck.

El rostro severo de Freeland se crispó.

—Cuidado con lo que hablas, condenado y grasiento chicano. Un día cualquiera tendré que darte una buena lección.

Chuck aceleró y guiñó el volante, con lo que Freeland salió proyectado contra un costado y el cigarrillo se le fue de los labios.

—No hay hombre que me dé una lección sin recibir al mismo tiempo la suya, baboso yanqui. Te he preguntado si tienes miedo. Y deberías responder.

Freeland se llevó mecánicamente la mano a la funda pistolera.

Luego pareció pensarlo mejor y se acomodó sobre el asiento.

—Morain nos mataría si supiera que estamos poniendo en peligro su plan, Chuck. Dejemos nuestras discusiones por ahora. De

todas formas, sigue pareciéndome idiota venir a entrevistar a Dunhill aquí —rezongó.

—Desconfía, Sam. Morain jamás se comporta como un idiota. Me pidió que echásemos una buena ojeada por estos alrededores. Puedes utilizar tu cámara y sacar algunas fotografías, ¿comprendes?

—Ajá —murmuró secamente Freeland.

Los terrenos de la mina de oro estaban protegidos con una alta valla de alambre espinoso.

Pero existía también una gran cancela de hierro, abierta.

Sin embargo, cuando el automóvil se aproximó un vigilante armado salió de un sombrajo y les cerró el paso.

—Lo siento. No pueden pasar.

Chuck bajó del coche y se encaró con el guardián.

—Escuche, amigo. Pertenece a la Prensa. ¿No ha visto los rótulos pintados sobre la portezuela? Dice: National Photo Service, ¿comprende?

—Sé leer —respondió bruscamente el vigilante—. Pero no pueden pasar.

—No, ¿eh? Tal vez le despidan por esta grosería, amigo. Míster Dunhill puede molestarse. El nos citó aquí. Vamos a realizar un reportaje fotográfico de las instalaciones de la mina. Nuestras fotos aparecerán en las más importantes revistas del país. ¡Y usted dice que no podemos pasar!

El vigilante comenzó a ponerse verduoso.

—Ésta es la tarjeta de míster Dunhill —dijo Chuck, con aplomo.

Y exhibió velozmente un pedazo de cartulina ante los asombrados ojos del hombre armado.

—Está bien, lo siento. Si es así, pueden pasar —accedió.

Chuck murmuró un digno y rígido «gracias», y volvió a ocupar su asiento tras el volante.

En cuanto hubieron traspasado la entrada, una risotada brotó de sus labios.

Pero Freeland no le prestó mucha atención.

Había empuñado su cámara y se disponía a utilizarla.

Fotografió breve y rápidamente todo lo que llamó su atención, incluso el grupo de alegres mineros que, en mangas de camisa o con el torso desnudo, bebían cerveza o

Coca-Cola

junto a unos frigoríficos instalados al pie del barracón metálico.

Más allá, en un declive, casi ocultos a la vista, estaban instalados los hornos de fusión.

Había vigilantes armados por todas partes, pero Chuck se reía de aquellas precauciones.

Freeland siguió fotografiando las camionetas de transporte, el furgón blindado, el almacén...

—Creo que es suficiente —dijo al cabo.

Chuck dio la vuelta y condujo hacia el barracón.

Había una treintena de obreros, en hilera, ante una ventanilla.

Había también un tipo bigotudo y recio ante la puerta de cristales esmerilados de la oficina.

Y aunque Chuck se dirigió hacia allí sin titubeos, el hombre se interpuso en su camino.

—National Photo Service —dijo Chuck, sonriente—. Míster Dunhill nos espera.

El hombre del bigote miró a Chuck de pies a cabeza. Observó sus largos cabellos, sus blancos dientes y su sonrisa fácil.

No, decididamente, al capataz no le agradaban los tipos peludos.

Pero vio también al discreto Sam Freeland, vio su cámara profesional colgada al hombro y vio el rótulo pintado sobre la portezuela del automóvil.

—Tendrán que esperar media hora. Míster Dunhill está asistiendo al pago de los jornales. Vayan a los frigoríficos y refrésquense. Les avisaré cuando míster Dunhill esté listo —explicó.

Chuck estuvo de acuerdo. Pero Freeland se quedó junto a la puerta, mientras el chicano iba a por un par de botellas de cerveza.

Treinta minutos después, penetraban en el barracón.

Joseph Dunhill tenía el aspecto de un antiguo galán cinematográfico. Y lo sabía.

Hablaba siempre procurando modular las palabras con voz grave y bien timbrada y se alisaba constantemente los cabellos, algo ralos ya.

—El capataz me ha hablado de ustedes. Ignoro cómo han podido penetrar en el recinto de la mina, pero ya me ocuparé de ello más tarde. ¿Cómo han tenido la desfachatez de hacer creer al capataz que yo los había citado?

Chuck puso cara de muchacho bueno y conformista.

—Compréndalo, míster Dunhill. Teníamos que realizar nuestro reportaje. Somos dos auténticos profesionales. Nuestra gratuita publicidad les beneficiará —dijo con una sonrisa amable.

—Lo dudo. Digan lo que sea y márchense. Tengo el tiempo tasado.

Freeland se acercó a la mesa metálica.

—Mi compañero ha dicho que nuestras fotos son inmejorables. Y dijo la verdad. Vea éstas.

Unas cuantas cartulinas revolotearon sobre la mesa.

Dunhill, sin precipitarse, tomó una de ellas y la miró con curiosidad.

Su rostro se tornó rojo primero y ceniciento después.

—¡Canallas! —exclamó con voz temblorosa—. ¿Cómo se han atrevido a venir aquí, a mostrarme esta... esta...?

—¿Desvergonzada escena? —Quiso ayudarle Chuck—. Pues bien, no soy yo el que se encuentra en la cama con una jovencita, créalo. Tenemos alguna idea de que su esposa y sus hijos no verían estas escenas con muy buenos ojos. ¿No es así, honorable señor Dunhill?

Su interlocutor se elevó inesperadamente de la silla y se abalanzó sobre el teléfono instalado sobre una mesita auxiliar.

Freeland no tuvo piedad de él.

Tenía apoyados los dedos sobre un pesado cenicero de bronce y lo utilizó con gran efectividad.

El cenicero surcó el aire y alcanzó a Dunhill en la cabeza.

El hombre gimió sordamente y cayó sobre la mesita. El teléfono rodó por el suelo.

Chuck se inclinó sobre Dunhill y tomándole por debajo de las axilas, le devolvió a su silla.

—Te has pasado, Sam —reprochó a su compañero, mientras palpaba el pecho de Dunhill—. Has podido matarlo. Y hubiéramos perdido mucho dinero. Morain jamás te lo hubiera perdonado.

Sam balbuceó algo incomprensible. Pero Chuck era más rápido y práctico.

De la fuente de soda, instalada en un rincón de la oficina, tomó un vaso y lo vertió despacio sobre la cabeza de Dunhill.

Restañó con cuidado la herida hasta que la brecha dejó de sangrar.

Entonces volvió a empapar el pañuelo en agua fría y lo aplicó a las sienes del delegado de la Asunción Gold Company.

Dunhill volvió en sí unos minutos después.

Estaba terriblemente pálido y su barbilla temblaba.

—Ahora comprendo perfectamente la situación —murmuró. Y su voz no era ya tan cuidadosamente modulada—. Son unos chantajistas.

—Tómelo con calma, Dunhill —le recomendó amablemente Chuck—. Nosotros sólo queremos venderle unas fotografías. Fueron tomadas accidentalmente, pero al repasarías comprendimos que serían de gran interés para usted.

De repente, Dunhill señaló con un dedo a Freeland.

—¡Usted! ¡Usted fue el individuo que penetró en las habitaciones del Palmera-Oasis con el rostro cubierto con un pañuelo! Fue muy astuto. Nos encañonó con una pistola, acusó a la muchacha que estaba conmigo como si fuera su amante y se sintiera burlado. Solo..., ¡sólo para conseguir fotografiarnos con la microcámara disimulada en la pistola!

Sam se inclinó modestamente.

—Me permití utilizar ese truco, señor Dunhill. Supuse que mis desvelos se verían compensados de alguna manera.

Dunhill se acarició con suavidad el tremendo chichón que estaba abultándose a velocidad creciente sobre su sien.

La rabia le dominaba. Pero era un hombre sensato y comprendió que con dinero podría arreglarse su personal problema.

—Está bien —gruñó al fin—. ¿Cuánto?

Chuck lanzó una risita burlona.

—Diez mil dólares, señor Dunhill. Estoy seguro de que cualquier revista sensacionalista nos pagaría esa cantidad.

—Cerdos —murmuró Dunhill, con voz contenida.

Pero se apresuró a abrir un cajón de su mesa y extraer una caja de caudales cromada.

Sus dedos temblorosos contaron los billetes hasta totalizar diez mil dólares. Chuck y Sam seguían sus movimientos sin pestañear.

Ya alargaba el chicano sus dedos para tomar el dinero, cuando Dunhill se lo impidió de un rápido manotazo.

—Un momento. Quiero los clisés, lo quiero todo... No soy un idiota. Volverían a extorsionarme si no recupero todo el material —

exigió.

Pero Freeland denegó lentamente con la cabeza.

—Dije unas fotos y nada más que unas fotos, señor Dunhill. Si le doy los clisés, correría a la policía y nos denunciaría. Si el celuloide permanece en nuestro poder, usted se comportará bien. Eso es todo.

Brutalmente, apartó el brazo del delegado de la Asunción Gold Company y tomó el dinero.

—¡Esperen! —gritó Dunhill, encolerizado, al ver que los dos hombres se dirigían a la puerta.

Sara Freeland se volvió y le miró fríamente.

—¿Algo importante, señor Dunhill? —preguntó.

—Han olvidado algo decisivo. —Dunhill mordía las palabras—. No podrán salir de aquí.

Se puso en pie, anduvo vacilante algunos pasos y se inclinó sobre el piso para recoger el teléfono.

—El recinto está guardado por vigilantes armados de carabinas. —Dunhill oprimía un botón del teléfono y marcaba un solo número.

—¿Y bien? —preguntó Freeland, sin perder la serenidad.

—Devuélvanme ese dinero y dejen el clisé de esas fotos sobre la mesa. Si no lo hacen, no podrán escapar.

Se había llevado el auricular al oído y escuchaba ya la voz del vigilante de la entrada.

—¿Sí, señor Dunhill?

Chuck retrocedió unos pasos y miró a Dunhill con burla hiriente.

—No sea estúpido, amigo Dunhill. ¿Cómo puede suponer que íbamos a venir aquí con el clisé en el bolsillo? Está bien guardado, créalo. Si no salimos de la mina antes de media hora, ese clisé será bien utilizado por varias publicaciones de Los Ángeles y San Francisco. ¿Se imagina el escándalo? Perderá a su esposa, a sus hijos. Le despedirán de la empresa, se verá despreciado y arruinado. ¿Por qué no habla? ¿Por qué no ladra sus órdenes a los vigilantes? ¡Vamos, hágalo!

El vigilante de la puerta seguía insistiendo a través del hilo telefónico.

—¿Está ahí, señor Dunhill? ¿Le ocurre algo?

Dunhill tragó saliva.

—Todo está bien, Fardner —murmuró—. Le llamaba para advertirle que dos fotógrafos de Prensa abandonarán el recinto

dentro de unos minutos. Eso es todo.

—Bien, señor Dunhill.

En la puerta, Chuck rió suavemente.

Freeland dio un portazo cuando salía.

Detrás de ellos quedó Dunhill, derrumbado, hundido y humillado.

CAPÍTULO VI

Morain abandonó el hotel Sur-Nevada al anochecer.

Hacía calor. Un calor sofocante, inaguantable.

Pero Morain vestía un fresco y bien cortado traje veraniego muy liviano.

Vestía impecablemente.

Despacio, recreándose en el paseo, cruzó la plaza.

Entonces vio a aquella muchacha. Joe Hammond estaba sentado junto a ella, en una mesa de la terraza del Chillis.

La chica reía alegremente, celebrando quizá las palabras que el ayudante del comisario susurraba a su oído.

Morain apretó las mandíbulas.

Era estúpido sentir celos, era absurdo que un tipo como él se sintiera encolerizado cada vez que veía a Hammond en compañía de Perla Jones.

La muchacha era maravillosa, no podía negarse.

Ojos oscuros, brillantes, rostro suavemente anguloso, exótico, piel morena, bronceína, busto agresivamente joven.

Esbelta, ágil, Perla sabía vestir bien con cualquier cosa.

Corey Álvarez se abanicaba con un
pay-pay
a un extremo de la terraza.

Conteniendo la ira que bullía en su pecho, Jack Morain se aproximó a la terraza y tomó asiento en una mesa cercana a la del comisario.

Corey simuló no conocerle. Un camarero muy moreno se acercó. Morain encargó una cerveza y encendió cuidadosamente un cigarrillo.

—Quiero que despida a Hammond —susurró.

Corey Álvarez respingó sobre su asiento.

—¡Está loco, Morain! ¿Es que pretende arruinarme? ¡Despedir a

Hammond! Sencillamente, no puedo —contestó, sudoroso.

—Lo hará. Le despedirá. Hoy mismo. Busque una excusa. La que sea —insistió Morain, sin mirarle.

—Hammond es un policía honrado y eficiente. Todos le quieren en Chand Springs. Cuenta con más simpatía que... que yo, ¿comprende? Por lo demás, no es un cualquiera. Hammond está en la policía por vocación. En realidad, es abogado. Conoce perfectamente las leyes y la técnica policial. Es la mejor adquisición de Chand Springs desde que conozco este lugar. No, sería imposible despedirle sin un motivo.

—Busque entonces el motivo —indicó fríamente Morain. Y se alzó de la silla.

En la mesa quedaba, intacta, su cerveza.

Álvarez le vio ir sin prisas en dirección a la calle Dos. Y pensando en lo que le había ordenado Morain, experimentó un escalofrío.

Entretanto, Morain penetraba con paso lento en el Club del Oro, situado en la calle Dos.

Chuck y Dan estaban jugando al billar en una sala apartada. Junto a ellos, dos mulatas muy lindas, Betsy y Angelita, jaleaban gangosamente cada carambola lograda.

—Despedidlas —ordenó suavemente Morain.

Gaines arrugó el ceño. Pero Chuck se apresuró a poner unos billetes en los escotes de las chicas y las acompañó hasta el pasillo.

En cuanto hubieron desaparecido, Morain tomó un taco de billar y apuntó con él al pecho de Gaines.

—Algún día os meterán un balazo en el pecho mientras manoseáis a esas pelanduscas —dijo.

—Pero, Jack —protestó Dan—. No todo va a ser trabajo.

—Sí, mientras yo dirija el negocio. Ven aquí, Chuck. Estuve esperando en el hotel. ¿Qué ocurrió con Palmer?

El chicano se desplomó sobre un taburete.

—Es un tipo duro ese Palmer. Aseguró que no soltaría un centavo. Y nos insultó.

—Estoy seguro de que no se lo permitisteis.

—Gaines le atizó un par de sopapos, pero Palmer se rehízo y le derribó. Cuando me disponía a suavizarle entraron cuatro hombres en la cabina. Eran camioneros. Hombres muy robustos y duros, ya

lo sabes.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, Palmer se despachó a gusto. Nos llamó algunas cosas muy feas y nos señaló la puerta de mala manera. Dijo que la próxima vez que apareciésemos por su negocio nos haría colgar por los pies de lo alto de una grúa. Nos largamos. En otro caso, hubiéramos tenido que disparar contra los cinco.

Morain se inclinó sobre el tapete y movió el taco. El cuero resbaló sobre una bola y desgarró el tapete. Morain murmuró una maldición.

—No quiere pagar, ¿eh? Bien, quizá haya que adoptar una táctica distinta con Palmer. Dan, ve a por unas botellas de cerveza al bar.

Gaines se levantó pesadamente de un taburete y fue hacia la puerta.

Morain dejó el taco con ira sobre la mesa y miró a Chuck.

—Te encargué un trabajo aparte, Chuck. ¿Qué lograste averiguar acerca de Hammond?

—¿Te refieres a la gresca que tuvieron él y Palmer? Poca cosa, en verdad. Al parecer, Palmer miraba con buenos ojos a la chica de Hammond, antes de que éste empezase a cortejarla. Ocurrió en este mismo local. Palmer se acercó a Perla Jones, la saludó y se sentó a su mesa. Hammond había ido a la barra por un par de combinados. Cuando volvió y vio a Palmer le invitó a marcharse. Hubo algunas palabras gordas y Palmer intentó golpear al policía. Pero ese Hammond sabe luchar y logró reducirlo con facilidad. Eso es todo.

—¿Todo? Supongo que mucha gente presenciaria el incidente.

—Es cierto. La sala cercana al bar estaba llena.

Gaines llegó en aquel momento con las cervezas.

Morain tomó una y clavó su mirada, distraído, sobre el desgarrón producido sobre el paño.

—No lo he hecho muy a menudo, pero por esta vez voy a perder dinero. No podremos exprimir a Palmer, pero nos desharemos de Hammond —murmuró, como si hablara consigo mismo.

Chuck apuró su cerveza de un largo trago y se aproximó a Morain.

—No comprendo esa insistencia tuya por eliminar al ayudante del comisario. ¿Es por la chica, Jack? —preguntó.

Les facciones de Morain se endurecieron.

—Debería enviarte al diablo, Chuck. Pero te lo explicaré. Me gusta Perla Jones. Pero no es sólo eso...

—¿Hay más?

—Tú lo has dicho. Hammond está volviéndose peligroso. He visto desde la ventana del hotel sus movimientos. Os ha seguido más de una vez disimuladamente. En una palabra, Hammond desconfía de nosotros. Es inteligente y podría echarlo todo a rodar. Quiero quitarlo de la circulación.

—¿Cómo? —preguntó Chuck, impresionado por la revelación de Morain.

—Cada cosa a su tiempo. No iréis más a visitar a Palmer hasta que yo os avise. Bebed otra cerveza y luego visitad a Stuart Smith. Tenemos que aprovechar el tiempo y conseguir el máximo de pólizas. Yo voy a realizar cierta visita importante.

Dejó la jarra de cerveza sobre el borde de la mesa de billar y se encaminó a la calle.

Poco después penetraba en un reducido bar apenas frecuentado.

En un rincón, un individuo moreno, de cabellos canosos, mantenía un curioso *diálogo* con una botella de *whisky*.

Morain pidió una cerveza al hombre calvo que atendía el bar y se aproximó al de la botella de *whisky*.

Observó con atención el rostro enrojecido, las facciones abotargadas y el color de los ojos desvaído, con venillas rojizas.

—¿Un trago, señor Jones? —preguntó amablemente.

Jones le miró brevemente y asintió. Morain pidió un doble de *whisky*, lo puso ante Max Jones y aguardó.

—¿Qué quiere, amigo? —preguntó Jones, al cabo.

—¿Podríamos hablar unos minutos? Venga conmigo a esa mesa —invitó Morain.

Jones se trasladó hasta allá con pasos no muy seguros.

—¿Qué busca, por qué quiere hablar conmigo?

—Oh, nada importante, señor Jones. He oído decir que antes poseía un excelente negocio de cría de caballos. Pero le embargaron una veintena de potros cuando no fue capaz de hacer frente a los pagos de cierta hipoteca.

—¿Adónde va a parar? —preguntó Jones, mirándole con los ojos turbios.

—No se altere, amigo. Si he venido aquí es porque pienso ayudarle. Sé que anda buscando dinero desesperadamente. Seis mil dólares exactamente, lo justo para comprar unas yeguas de raza y volver a su negocio.

—Es verdad, maldita sea. Pero ¿quién va a dejar seis mil dólares al viejo borracho Max Jones?

Morain introdujo una mano en el bolsillo interior de su fresca americana y depositó un sobre encima de la mesa.

—Yo mismo. Ahí tiene el dinero.

Jones miró a Morain, incrédulo. Luego alargó una mano, tomó el sobre y vio el dinero.

—¿Qué debo hacer a cambio? —preguntó, con voz estrepitosa.

—Nada. Absolutamente nada, excepto aconsejar a su hija que deje de salir con Joe Hammond. Hammond no es persona recomendable para una joven tan bella y atractiva. Recuérdele, un día u otro, Hammond se meterá en un lío.

—Está loco —murmuró el borracho—. Joe es un buen chico. El y Perla se casarán dentro de un par de años, probablemente.

—No —dijo Morain, glacialmente—. No se casarán. Usted aconsejará a Perla que olvide a Hammond. Escuche esto, Jones. Estoy enamorado de su hija. Soy un hombre rico, poderoso. Puedo hacer mucho por ella y también por usted. Pero quiero a la muchacha.

—Llévese el dinero —dijo Jones, con violencia.

—No sea estúpido. ¿Va a olvidar sus proyectos? Usted ama a los caballos, Jones. Podría hacer un bonito negocio, volvería a ser admirado por sus amigos, sería el criador de caballos más famoso de este estado. No pretendo nada deshonorables. Perla es muy hermosa. La convertiré en mi esposa —mintió con facilidad.

Jones bebió medio vaso de *whisky*. Su estómago se caldeó y su razón terminó de nublarse.

—Veré lo que puedo hacer —dijo de pronto. Y recogió el sobre de un manotazo.

Morain sonrió y se puso en pie.

Dejó un billete sobre la barra y abandonó el local.

Consultó su reloj. Las nueve de la noche.

¿Estaría Palmer todavía en las oficinas de su almacén?

Comprobarlo era fácil. Sólo había que utilizar un teléfono

público y marcar el número correspondiente.

En la calle Dos existía una cabina bajo unos árboles. Entró, depositó unas monedas en la ranura y marcó un número.

—Almacén de David Palmer —dijo una voz gruesa y enérgica—. ¿Quién llama?

Morain colgó el auricular y salió de la cabina.

Sus ojos destellaron y sus facciones se crisparon levemente.

Iba a deshacerse de Hammond para siempre.

CAPÍTULO VII

Joe Hammond se dejó caer sobre el asiento del *jeep* y puso el motor en marcha.

Antes de arrancar encendió un cigarrillo y lanzó una bocanada de humo al aire.

Se sentía desconcertado. ¿Era posible que Dave Palmer se comportara tan razonablemente?

La nota que Joe tenía en su bolsillo aclaraba aquel interrogante en parte.

La acababa de traer un chiquillo, que abandonó el cuartel antes de que Hammond pudiera interrogarle.

Arrancó y abandonó la ciudad, rodando despacio a lo largo de la calle Dos.

No podía contener su curiosidad. Por eso introdujo la mano derecha en su bolsillo y sacó la nota.

«Joe:

»Es necesario que vengas a verme al almacén. Se traía de algo importante relacionado con los forasteros. No faltes. Estaré aguardándote.

»Palmer».

La firma apenas era un garabato. Joe no recordaba los rasgos de la firma de Dave Palmer, pero tanto daba.

El camino que llevaba al almacén era de tierra. El polvo rojo se elevó en tolvaneras detrás del vehículo.

La puerta estaba abierta. Torció el volante y penetró en la gran explanada que servía de parque de material pesado.

Un foco elevado iluminaba perfectamente la zona. A la derecha, sobre un entramado de vigas metálicas, se elevaba la oficina de Palmer.

A través de los cristales, Hammond vio la silueta de Dave, inclinado sobre su mesa de trabajo.

Reinaba un silencio absoluto. Pero no era extraño: Palmer acostumbraba a quedarse un par de horas en su oficina después de despedir a los obreros.

¿Y Chuss, el vigilante nocturno?

Hammond se encogió de hombros. Quizá Dave le hubiera enviado a por unas botellas de cerveza. La noche era calurosa, invitaba a un trago de algo frío y refrescante.

Bajó del *jeep* y se dirigió con su paso largo y elástico a la escalera de peldaños metálicos.

En la plataforma se detuvo un instante.

Era absurdo, pero Joe comenzaba a sentir una cierta inquietud.

Se acercó a la puerta y miró a través de los cristales.

La oficina aparecía desierta en toda su extensión. Sólo Palmer aguardaba, inclinado, con un bolígrafo en la mano.

Empujó la puerta y cerró tras sí.

—Buenas noches, Dave. ¿De qué se trata? —dijo, mientras se aproximaba despacio a la mesa.

Una sombra surgió de detrás de un archivo metálico.

Hammond no oyó los pasos, pero sí notó un leve soplo sobre su cuello. Fue entonces cuando empezó a volverse, alarmado.

La barra de hierro cayó sobre su cabeza y le envió al suelo. Atontado, se revolvió en el suelo, pero un segundo golpe en la cabeza adormeció sus sentidos.

La sangre que fluyó de entre sus cabellos manchó el piso de madera.

Quiso incorporarse y exhaló un gemido.

Le dolía la cabeza terriblemente. Era como si su cerebro estuviese perforado por docenas de alfileres de acero.

Palpó su cráneo y notó el tacto suave del algodón. Le habían vendado la cabeza.

—Mala cosa, Joe —dijo alguien junto a él.

Abrió los ojos con esfuerzo y vio a Corey Álvarez, que movía la cabeza con un ademán pesaroso.

Joe no dijo nada. Estaba seguro que en cuanto moviese los labios su cabeza zumbaría inaguantablemente.

—¿Por qué lo mataste?

Hammond se incorporó de un respingo.

—¿Está loco, comisario? ¿Por qué maté a... quién?

—Vamos, vamos, Joe. Comprendo que te cegó la pasión. Tal vez bebiste demasiado. Tu ropa apestaba a *whisky* barato —dijo Álvarez.

Hammond fue a contestar violentamente. Pero un ramalazo de dolor le recorrió de pies a cabeza.

Abrió de nuevo los ojos. Y entonces vio a las otras dos personas que estaban en el despacho del comisario.

La que permanecía en una silla con las piernas cruzadas era *miss* Simpson, aquella solterona con cara de caballo que actuaba en ocasiones como taquígrafa.

La otra persona era un hombre. Era el juez Charles Mellish.

—¿Están tomándome declaración? —preguntó.

—Así es —respondió Álvarez. Y agregó—: Compréndelo, Joe. Es penoso para mi hacer esto, pero debo cumplir con mi deber.

Hammond quiso reír sarcásticamente. Pero sólo le salió una mueca de dolor, de amargura y de rabia.

Aspiró aire profundamente y trató de mantener su cerebro despierto.

—Veamos —dijo—. Si he entendido bien... se sospecha que he matado a Dave Palmer, ¿no es eso?

Mellish se aproximó unos pasos al diván sobre el que descansaba el policía.

—Jim Chuss le encontró en la oficina de Palmer. Dijo que usted murmuraba algo, incoherentemente, y que se arrastraba por el suelo, revólver en mano. Del revólver faltaba una bala. El arma había sido disparada recientemente. Y Dave Palmer estaba muerto. Una bala le había atravesado el corazón —dijo, esforzándose en pronunciar claramente las palabras.

A Hammond le zumbaron los oídos. Tenía que poner en orden sus pensamientos, hacer un poderoso esfuerzo de memoria, controlarse.

Acababa de comprender que su situación era sumamente grave, peligrosa.

No había tomado una gota de *whisky*, lo recordaba muy bien. Ni de ninguna otra bebida alcohólica. Se había limitado a beber

aquella tarde dos o tres vasos de agua helada de la fuente de soda instalada en el pasillo del cuartel.

—Dave me envió una nota. Con un chiquillo —empezó a decir—. Me citó en el almacén y fui. Dave estaba sentado en su mesa. Entonces... ¡alguien me golpeó por detrás! Caí al suelo, aturdido. Y allí, antes de que pudiera moverme, me golpearon por segunda vez. Eso es todo.

Álvarez frunció los labios en un gesto indefinible.

Mellish, por su parte, le miró con dureza.

—Escuche con atención, Hammond. La bala que mató a Palmer ha sido enviada ya a Carson City junto con su revólver. Antes del amanecer sabremos todo lo que necesitamos saber. Si la bala fue disparada por su revólver y si en éste existen otras huellas, además de las suyas. Por otra parte, sabemos que tuvo usted un altercado con Palmer. Hubo palabras gruesas e incluso golpes. Todo eso...

Hammond comprendió.

El pasado roce con Palmer iba a ser empleado en contra suya. Para hundirle, para arruinarle.

Mellish miró a *miss* Simpson, comprobó que su taquígrafa estaba tomando nota de todo cuanto se decía, y se volvió a Hammond.

—¿Es todo lo que tiene que decir, Joe? —preguntó.

Hammond cerró los ojos.

—Por ahora, sí. Sé que no he matado a Dave. Le apreciaba, a pesar de que en una ocasión se portó groseramente conmigo. Era una persona honrada, un excelente ciudadano. Siento que haya muerto... asesinado. Yo no lo maté —confesó, con voz reconcentrada.

Mellish le miró con curiosidad.

—¿Cómo se atreve a asegurarlo? Según veo, no puede recordar gran cosa, Joe. Además, todo indicaba que había bebido copiosamente. Su ropa estaba empapada en alcohol —dijo.

Hammond se incorporó. Sus ojos brillaban.

—¿Supone que yo mismo las rocié con *whisky* barato? Todos saben que apenas bebo. Por otra parte, ¿no les parece absurdo que fuera a ver a Palmer con una botella en la mano? Sería la única forma de justificar que ese alcohol no se hubiera evaporado. Hacía calor, un calor sofocante. Aunque se me hubiera vertido media botella en la camisa, el calor hubiera secado el licor en pocos

minutos.

Mellish murmuró algo ininteligible. El argumento de Hammond parecía inquietar al juez.

—Chuss aseguró que encontró dos botellas vacías. Una de ellas estaba sobre la mesa de Palmer. La otra había caído al suelo y se rompió. Si quiere que le diga la verdad, Joe, pienso que Palmer y usted estuvieron bebiendo juntos, en la oficina. El alcohol sacó a flote viejos resentimientos. Pelearon. Posiblemente, Palmer le golpeó con una botella. Entonces usted disparó su revólver y mató a Palmer.

Hammond no contestó. Pensaba.

—¿Cuánto tiempo estuvo Chuss fuera del almacén?! ¿Por qué razón se ausentó? —preguntó de repente.

—Según sus palabras, Palmer le envió a por unas botellas de cerveza al bar de Luke McGuire. Volvió en una hora —informó Mellish.

Oyéndole, Hammond rió secamente. Sus carcajadas elevaron un torbellino de dolor en su cráneo. Crispó: los labios y exclamó:

—El bar de McGuire está a trescientos metros del almacén. ¿Cuánto puede tardar un hombre en ir y volver? Apenas diez minutos, en el peor de los casos. Me gustaría saber por qué Chuss empleó toda una hora.

Mellish parpadeó.

—Lo ignoro. Pero interrogaré a Chuss respecto a este punto. Por ahora, tenemos algo concreto: Palmer está muerto y todo parece indicar que usted disparó contra él. Antes habló usted de una nota. ¿Dónde está?

Hammond se llevó rápidamente una mano al bolsillo de su camisa. La nota no estaba.

Cada vez más nervioso, se registró todos los bolsillos.

—La he perdido. Tal vez esté en el *jeep* —murmuró, tristemente.

—La buscaremos. Pero si quiere que le diga la verdad, no creo en esa historia. ¿Por qué había de enviarle recado Palmer con una nota, cuando podía utilizar el teléfono? —arguyó Mellish.

Hammond no contestó. Por la sencilla razón de que él mismo se había hecho aquella pregunta sin encontrar respuesta.

—¡Tal vez... tal vez porque no quiso que Perla supiese que íbamos a reunimos! —gritó de repente—. Usted sabe que mi novia

es la encargada de la central de teléfonos.

—¿Y qué significaba tal eventualidad? Posiblemente *miss* Jones se alegraría al saber que iban a hacer las paces, si era ése el motivo de la cita. No, Joe. Yo creo más bien que esa nota no existió nunca.

—¡Pero la traje un chiquillo! —protestó el policía acaloradamente.

—Díganos su nombre, su dirección y le buscaremos.

—No lo sé. No conozco al muchacho. Era delgado, de unos catorce años, moreno...

—Con esa descripción, podríamos encontrar mil muchachos en Chand Springs, Joe. Bien, es tarde... Si no quiere ampliar su declaración...

—No maté a Dave Palmer —dijo Joe, con desesperación—. ¡No lo maté!

—Volveré mañana, Joe. Entonces podrá ampliar su declaración. Cuando haya descansado y relajado los nervios, tal vez decida que lo mejor es confesar la verdad. Si como presumo, Palmer le agredió con una botella, el hecho de que usted disparara contra él podría justificarse de alguna manera. Buenas noches.

O mejor, dicho, buenos días. Vamos, señorita Simpson.

Joe les vio abandonar el despacho con una sonrisa amarga en los labios.

—Joe...

—¿Qué? —respondió Hammond, mirando al comisario.

—Tengo que encerrarte. Ésas son las instrucciones de Mellish.

—Pero...

—No me lo hagas más difícil, muchacho. De veras lo siento.

Joe se puso en pie y caminó tambaleante hacia la puerta.

—Está bien —dijo, mirando fijamente a Álvarez—. Enciérreme.

CAPÍTULO VIII

Eran las ocho de la mañana.

Perla Jones atravesó el jardincillo de la plaza y anduvo rápida hacia el despacho de Corey Álvarez.

Max Jones se puso en pie bruscamente y rodeó el *jeep*.

—Da la vuelta, hija —dijo únicamente.

—¡Papá! ¿Qué haces tú aquí? Creí que estarías durmiendo.

—No hagas preguntas. Más bien soy yo quien debo hacértelas. ¿Por qué has abandonado tu puesto en la central? Míster Parkins podría despedirte.

—Papá, no hay cuidado con ello. Se lo dije a míster Parkins. Por otra parte, Kate Smith ocupa mi puesto. Ella sabe hacerlo, yo misma le enseñé. Déjame pasar, por favor.

—No. —Jones se había plantado rígidamente ante su hija—. No quiero que la gente vea que te interesas por un asesino. Porque es eso lo que quieres, ¿eh? Pretendes ver a Joe.

—¡No es un asesino! —chilló Perla, con calor—. Es una absurda mentira, un malentendido, un terrible error. Joe es el hombre más bueno de esta ciudad. Y lo han encerrado como a un miserable ratero.

—El lo ha merecido. Ahora da la vuelta y vuelve a tu trabajo. No volverás a ver a Hammond. Si lo intentas, te azotaré.

—¡No tienes derecho a impedírmelo, padre! No podrás obligarme a...

La seca bofetada la obligó a callar.

Lívida, temblorosa, Perla miró a su padre con incredulidad.

Luego dio media vuelta y huyó a través de las frondas.

Max Jones pronunció un juramento y escupió en el suelo. No se sentía muy satisfecho.

«Max, tú no sirves para interpretar este papel. Has golpeado a tu hija, has hecho brotar sus lágrimas. Eres un mal hombre», se dijo.

Pero en su bolsillo había seis mil dólares que le obligaban. Tendría que seguir adelante.

Alguien golpeó en la puerta.

Morain, que había abierto la caja de caudales empotrada, introdujo apresuradamente algunos fajos de billetes grandes y la cerró.

Gaines, Freeland y Chuck estaban en la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó Morain.

—Sí —respondió el chicano—. Hemos llenado el buche de *whisky* a la mayor parte de la población masculina adulta de Chand Springs. Hemos repetido mil veces que es una vergüenza que la ciudad contratase a un policía como Hammond. Los ánimos se han caldeado. Unos cincuenta hombres acaban de abandonar el Club del Oro y se dirigen a la oficina de Corey Álvarez.

Morain se frotó las manos.

—Perfectamente. La cosa marcha. ¿Hicisteis cuánto os encargué?

—Sí. Halley, Parry Curtis y otros tres o cuatro mineros han recibido cada uno cincuenta dólares a cambio de su trabajo. Chillan como diablos y exigen a gritos que les sea entregado Hammond.

—¡Pobre diablo! —comentó Gaines, compadecido—. Lo lincharán.

—Cállate, estúpido —gruñó Morain, colérico. Y añadió en voz baja—: Peor sería que nos lincharan a los cuatro, ¿no te parece?

Freeland se estremeció.

Pero Morain no pareció reparar en ello.

—Volved ahora a la calle. Seguid agitando a la gente. Gastad el dinero. Estará bien empleado —ordenó.

—*Okey* —respondió Chuck, alegremente—. Será un espectáculo divertido. ¿Por qué no vienes, Mark?

—Tengo que hacer. Por otra parte, me disgustan los espectáculos violentos —dijo.

Y rió secamente, celebrando su broma y coreado por las carcajadas del chicano.

Cuando salieron sus tres camaradas, Morain volvió a su despacho y abrió la caja.

Había amontonado el dinero en pocos días.

Despacio, recreándose en ello, fue sacando los fajos y

depositándolos sobre la mesa.

Era un negocio redondo, perfectamente planeado.

Dunhill, Stuart Smith y los principales personajes de Chand Springs se ocupaban de engordarle con sus puñados de dólares.

Pero no era sólo eso.

Hasta la fecha, los hombres de Morain habían visitado a unos cincuenta industriales de menor monta.

Cierto que habían tenido que repartir golpes aquí y allá. A Sam Welles hubo que incendiarle su droguería y a Timothy Graves le rompieron los frenos de su auto, con lo que el pobre hombre estuvo a punto de morir al precipitarse por un terraplén.

Pero el resultado estaba a la vista: cerca de ochenta mil dólares en billetes.

Cualquier individuo menos codicioso que Morain se hubiera dado por satisfecho. Tenía bastante dinero para escapar de Chand Springs y montar un buen garito en alguna próspera ciudad de la costa californiana.

Morain, sin embargo, quería más. No iba a abandonar Chand Springs antes de haber «ordeñado» absolutamente a sus ciudadanos.

Además, Morain iba esbozando lentamente un plan complementario.

El oro le atraía poderosamente.

En su caja de caudales había una carpeta que suponía un tesoro.

Datos, datos preciosos sobre los envíos de metal amarillo desde las minas de la comarca a Carson City o San Francisco.

Cada semana partían de Chand Springs camiones blindados que transportaban su preciosa carga lejos de allí.

El timbre zumbó en aquel instante.

Morain pronunció una palabrota y se apresuró a guardar su dinero en la caja.

Fue hasta la puerta del gran salón y la abrió. Ya se disponía a estallar en improperios, cuando sus ojos quedaron fijos sobre el bello rostro de Perla Jones.

Apenas podía creerlo. Era cierto que aquella mujer le ponía nervioso. Cierto que experimentaba una extraña comezón cada vez que la había visto reír en compañía de Joe Hammond.

Morain tenía sus proyectos respecto a Perla, pero lo que no podía suponer era que ella misma, en persona, viniera a visitarle.

¿Acaso le había hablado su padre de...?

—¿Puedo pasar? —preguntó la mujer, con frío tono.

—Por supuesto, señorita Jones. Adelante.

Se hizo a un lado y la dejó pasar.

La estela de perfume femenino le embriagó. Por eso, mientras ella cruzaba la habitación y quedaba en pie junto a la mesa, Morain la siguió con la mirada, devorándola ansiosamente con los ojos.

—No voy a perder el tiempo, señor Morain. Lo que voy a decirle apenas me llevará cinco minutos —dijo ella.

—¿Por qué tanta prisa? La temperatura es muy agradable aquí. Siéntese, prepararé unos combinados. En la mesa hay cigarrillos. Sírvese.

Morain abrió el mueble bar, sacó dos vasos y buscó el cubo del hielo. Cuando se volvió, Perla Jones seguía en pie.

—No se moleste, Morain. He venido a decirle que es usted un canalla.

Morain dio un respingo.

—Mi querida señorita... —empezó a decir, indeciso.

Pero Perla le interrumpió inmediatamente.

—Sé que usted es el culpable de que Joe Hammond esté en la cárcel, acusado de asesinato.

La sonrisa huyó de los labios del hombre. Sus facciones se endurecieron inmediatamente.

—Ah, ya veo que ha hablado con su padre —dijo.

—Sí. Ha sido fácil hacerle hablar porque... estaba borracho. He visto el dinero que usted le entregó. Aquí lo tiene.

Un sobre revoloteó por los aires. Su contenido se escurrió y los billetes alfombraron el *parquet*.

Morain la miró fijamente.

Encolerizada como se encontraba, Perla estaba soberbia. Sus senos, hinchidos y pujantes, se movían al compás de la respiración.

«Mil veces —pensó Morain—. Mil veces más bella que Silvie, mil veces más bella y excitante que cualquiera otra mujer».

Dejó todo lo que llevaba sobre la mesa y se irguió. Un momento después, abrazaba a la muchacha como enloquecido.

Una bofetada resonó en el salón. De los labios de Morain fluyó un poco de sangre.

—No se equivoque, Morain. Sé que es un tipo repugnante y su

proximidad me asquea. Si he venido aquí, ha sido únicamente para prevenirle. Tome del brazo a sus pistoleros disfrazados de agentes de seguros y váyase de Chand Springs. Pero antes...

—Pero antes —dijo Morain, que no parecía enfadado por la violenta reacción de la mujer.

—Tendrá que explicar muchas cosas a Corey Álvarez. La confesión de mi padre me ha hecho pensar. Usted hizo una llamada telefónica ayer, hacia las nueve y media de la noche. Entró en una cabina de la calle Dos y marcó el número del almacén de Dave Palmer. Sí, veo que se sorprende. Se lo diré. La cabina se ve desde el lugar en que trabajo, desde la central de teléfonos. Le vi a usted. Hammond sospechaba de usted y de sus agentes, señor Morain. Por eso introduje una clavija y escuché. Palmer contestó, pero usted colgó sin pronunciar una palabra. Después de los sucesos de anoche, creo que su llamada es muy significativa. He estado pensándolo mucho y he llegado a una conclusión: usted se propuso arruinar a Joe. Todo lo hizo premeditadamente, a sangre fría. Joe está acusado de asesinato. Usted posee la clave, usted puede exculpar a Joe, lograr explicarlo todo. Tendrá que hacerlo.

Morain lanzó una corta carcajada, tras el discurso apasionado de la mujer.

—Puedo lograr que Hammond esté hoy mismo en libertad, es lo cierto —confesó.

—¿Lo admite? —preguntó Perla, con ansiedad.

—¿Por qué no? Nadie nos oye. Quiero decir que no me comprometo en absoluto confesándolo. Y lo haré. Conseguiré que Hammond logre hoy mismo su libertad. Pero usted... Pero tú, Perla, serás mía.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—Lo que acabas de oír. Te deseo tan furiosamente como jamás deseé a ninguna mujer. Van, acércate. Esos cabellos tuyos, impregnados de aroma, me atraen de forma irresistible...

De improviso, Morain saltó hacia la joven y la apresó por los hombros.

El impulso fue tan salvaje, que hombre y mujer rodaron por el suelo.

Sin embargo, Perla se zafó fácilmente de los brazos del hombre. Hubo un instante durante el cual sus ojos buscaron ansiosamente

algo con lo que defenderse de la furiosa embestida de Morain.

Y lo encontró.

Sus dedos tomaron el pedestal de hierro y el brazo lo elevó en el aire.

Morain gimió de dolor al sentir los dedos de su mano machacados por el hierro.

Por desgracia, Perla no consiguió alcanzarle en la cabeza.

Vio que el hombre se revolvía en el suelo y corrió a toda prisa hacia la puerta.

Morain la persiguió. Pero cuando llegó a la puerta, vio que era inútil, ella alcanzaba ya la escalera.

Furioso, regresó a su apartamento.

—Tú lo quisiste, pequeña estúpida —murmuró—. Hammond no escapará. Probablemente morirá antes del anochecer.

CAPÍTULO IX

Los dos hombres que había contratado Corey Álvarez tenían rifles en las manos.

Pero las armas, ¿qué podían significar contra una enfurecida multitud compuesta por más de trescientos mineros y trabajadores?

Melton y Herring aguardaban junto a la puerta del cuartel, nerviosos. El sudor corría a chorros por sus rostros morenos.

Fuera resonaba el griterío, los denuestos, las voces broncas que solicitaban la presencia de Corey Álvarez.

—Tranquilos, muchachos —dijo el comisario, aproximándose por centésima vez a Melton y Herring—. No se atreverán a penetrar aquí. Se hartarán de chillar y terminarán marchándose.

Pero él mismo no se sentía muy seguro de sus palabras.

Volvió al pasillo, llenó un vaso de agua en la fuente de soda y bebió con ansia.

El agua no le sabía a nada. Hubiera preferido media docena de botellas de helada cerveza, pero ¿cómo obtenerla con aquella multitud enfurecida en la puerta?

Volvió sobre sus pasos. Fuera golpeaban la puerta, amenazando con arrancarla de sus goznes.

Fue hasta la ventana, dobló una de las hojas metálicas de la persiana y dirigió una ojeada al exterior.

Lo que vio le dejó helado de terror.

Los rostros sudorosos, embrutecidos por el alcohol, iban y venían junto al porche como una marea salvaje.

Parry Curtis y otros dos hombres acababan de arrancar un banco de hierro del parque y corrían con él hacia la puerta.

Iban a echarla abajo.

¿Cuánto tardaría en saltar la puerta, en convertirse en astillas...?

En cuanto los excitados ciudadanos penetraran en el cuartel, la vida de Joe Hammond no valdría apenas un centavo.

Le golpearían salvajemente, le matarían a patadas, mordiscos y puñetazos.

«Yo sé que Joe es inocente», se dijo. Y el almuerzo se agitó dolorosamente en su gran estómago prominente.

Entró en su despacho. Había tomado una determinación.

Tomó el teléfono y esperó hasta escuchar la conocida voz de Perla Jones.

—Deme línea con Tonopah, señorita Jones. Quiero pedir refuerzos al *sheriff* Kilarney. La situación es desesperada —dijo.

En su oído resonó la angustiosa voz de Perla Jones.

—Sé lo que está ocurriendo, comisario. Van a linchar a Joe..., ¡y es inocente! Kilarney no llegará a tiempo. Hay más de cien millas a Tonopah. No llegarán a Chand Springs antes de dos horas. Para entonces...

—Lo siento —gruñó Álvarez, cada vez más inquieto—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Usted y yo lo sabemos: Joe es incapaz de cometer un crimen. Abra su celda, comisario. Facilítele la huida —imploró Perla.

Corey Álvarez se estremeció.

—No puedo hacer eso, *miss* Jones. Mi deber...

—¡Al diablo con su deber, comisario! Si deja que esos hombres entren a por Joe, sabrá que es usted cómplice de un asesinato. Créame, la muerte de Joe pesaría eternamente sobre su conciencia. Haga las cosas como es debido. No tiene por qué complicarse. Diga que el preso le atacó y le quitó las llaves de la celda...

Álvarez balbució algo ininteligible. Finalmente cuadró los hombros y aspiró aire con ansia hasta que su pecho se hinchó.

—Está bien. Lo haré. Dejaré que Joe escape —decidió.

—¡Muy bien, comisario! Llevaré mi viejo «Ford» a las puertas traseras del edificio. No le será difícil a Joe alcanzar el tejado y saltar al suelo. El lugar está siempre solitario y nadie le verá. ¡Dígaselo!

—Se lo diré. Y ojalá que esos energúmenos de ahí fuera no la tomen conmigo —murmuró el comisario.

Colgó y abandonó su despacho.

Para entonces, los linchadores habían comenzado a aporrear la puerta con el banco. Las hojas de roble se estremecían a cada impacto, amenazando con saltar en pedazos.

—¿Qué hacemos..., si echan abajo la puerta? —preguntó Herring, tan pálido que daba pena verle.

—Disparen al aire. Eso los calmará durante unos minutos —ordenó Álvarez.

Cogió las llaves del puesto de vigilancia del pasillo de celdas y se acercó a la de Hammond.

—Vamos, Joe. Apresúrese —susurró.

Hammond se elevó del camastro y le miró sin comprender.

La puerta se abrió sin un chirrido.

—¿Qué..., qué se propone, comisario? —preguntó su ayudante.

—Suba al desván y alcance el alero. Si logra descolgarse por la parte trasera, encontrará el coche de *miss* Jones allí. Vamos, dese prisa. Y buena suerte, Joe.

—Pero...

—¿No oye los golpes? Quieren lincharle. Alguien ha excitado a los mineros y así están las cosas. No pierda el tiempo.

—Morain —dijo Joe, calzándose apresuradamente.

—¿Qué dice?

—Morain es el culpable. Es un *gángster*. Está sometiendo, con la ayuda de sus esbirros, a todo Chand Springs. Chantaje, extorsión, proteccionismo se llama eso, comisario.

Álvarez tragó saliva. Sus ojos rehuyeron los oscuros y penetrantes de Joe Hammond.

—No piense en eso ahora. Vamos, deme un buen puñetazo —indicó.

Joe dudó un instante.

Fuera resonaron los disparos que Herring y su compañero hacían al aire para asustar a los linchadores.

Hammond echó atrás el brazo, tomó fuerza y estampó el puño en el mentón de Álvarez. Tan fuerte que al comisario se le aflojaron las piernas y se deslizó al suelo sin un gemido.

Joe le miró un momento y retrocedió hasta los servicios. Salió al patio interior de luces, empujó una puerta y ascendió los peldaños polvorientos que llevaban al desván.

Tuvo que romper la claraboya de acceso al tejado, puesto que no disponía de la llave que abría el candado.

Las aristas de los cristales rotos arañaron sus costados al izarse a pulso sobre el marco. Pero un minuto después estaba en el tejado.

Miró hacia abajo, muy cerca de los canalones de zinc que recogían las aguas de lluvia.

No había nadie a la vista, aunque en el aire flotaban los gritos y las blasfemias.

Junto a los palo-verdes que crecían a veinte metros estaba aparcado el anticuado «Ford» coupé de Perla.

Pero su cráneo estaba resentido tras el tremendo *shock*. Si saltaba al suelo, era casi seguro que perdería el conocimiento tras el batacazo.

Más que verlo, adivinó el tubo de hierro galvanizado que descendía por el muro.

Animosamente echó vientre a tierra sobre las tejas y se deslizó despacio hacia abajo, hasta que sus manos se afianzaron como garras al canalón.

Sonó un chirrido. El canalón comenzó a desprenderse de sus soportes de hierro. A Hammond se le erizaron los cabellos.

De repente se retorció como una anguila, bajó un brazo velozmente y su mano se afianzó sobre el sólido tubo metálico.

Cuando llegó al suelo, sudaba a torrentes.

Miró a derecha e izquierda y se decidió. Una corta carrera le llevó hasta el coche.

La desilusión se dibujó en sus bronceadas facciones al comprobar que Perla no estaba allí.

Sin embargo, el llavero en forma de colmillo de elefante se balanceaba todavía pendiendo de la llave de contacto.

Dio al arranque y el motor respondió. El control del tanque de gasolina marcaba «lleno».

Arrancó despacio, como si temiera que el suave petardeo del escape pudiera descubrirle.

El coche se alejó, dando tumbos sobre el irregular camino. Poco después alcanzaba la carretera y aceleraba cuanto daba de sí el pequeño coupé.

¿Adónde ir? Su situación era desesperada, Hammond lo sabía. Porque Álvarez no tendría más remedio que ordenar su captura.

Un rictus de amarga cólera plegó sus labios.

Era un policía, un hombre de la ley, honrado y cumplidor. Y ahora se veía obligado a huir, a ocultarse para salvar la vida.

Se sentía febril y debilitado. Aún así, Hammond condujo sin

descanso durante tres horas.

Así, hacia medianoche había pasado la divisoria del Estado de California. Una hora más tarde se detenía ante una estación de servicio para repostar gasolina.

El empleado miró con sorna el anticuado automóvil y llenó el depósito.

—Son diez dólares —dijo luego, extendiendo la mano.

Hammond murmuró algo entre dientes. Acababa de recordar que no llevaba un centavo encima.

¿Cómo explicarle a aquel hombre su situación? Lo más seguro sería que llamase a la policía.

Abrió el secreter, esperanzado. Quizá Perla hubiese olvidado algunas monedas allí.

Sus ojos se abrieron mucho al ver el fajito de billetes unido con una goma. ¡Perla lo había previsto todo!

Separó dos billetes de cinco y agregó un dólar de propina.

Entonces el hombre pareció de repente amable y comunicativo.

—No debiera seguir conduciendo por esta noche, amigo. Tiene mala cara. Y ese vendaje...

—No tiene importancia —se apresuró a explicar Joe—. Una estúpida caída. El médico se empeñó en ponerme este aparatoso vendaje. Pero tiene razón, estoy cansado.

—Hágame caso. A unas cinco millas de aquí hay un motel. Su dueño, Pat Riordan, permanece despierto toda la noche. Verá un grupo de acacias a la derecha del camino. Descanse y mañana se sentirá como nuevo.

—Gracias. Voy a seguir su consejo —dijo Hammond. Y arrancó.

Ocho minutos más tarde daba vista al motel. Era una hilera de cabinas pintadas a distintos colores.

Parecía un lugar tranquilo y seguro, pero Hammond, tras pensarlo un instante, pasó de largo.

Su intuición de policía le sirvió de mucho. Porque una hora más tarde un auto patrulla se detenía ante el motel y dos policías de carretera interrogaron a Pat Riordan.

Riordan denegó con la cabeza.

—Dicen que les envía Maxwell, el de la gasolinera, ¿no es cierto? Pues díganle que su cliente no le hizo el menor caso. Nadie ha llegado desde las diez de la noche. Sí, pueden echar una ojeada

al libro de registro. Pero será inútil. Jamás me pasaría inadvertido un automóvil como el que dicen conduce ese fugitivo.

Una milla más allá, Hammond vio pasar el coche policíaco desde el asiento del «Ford», oculto en una arboleda.

Sonrió sin ganas, extrajo la manta con que Perla cubría el destartado asiento y la extendió sobre el suelo.

Poco después dormía apaciblemente, cara a las estrellas.

CAPÍTULO X

Chuck reía gozosamente. De cuando en cuando, chupeteaba golosamente el borde de su jarra de cerveza.

—Fue fácil, asquerosamente fácil, Jack.

—Explícate —exigió Morain.

—Ese tipo tenía un caballo, apenas un penco. Le gustaba montarlo cada mañana. Se alejaba de Chand Springs unas millas, ¿comprendes? Siempre iba al mismo sitio: un roquedal llamado Snake Burrow. Hay allí quebradas peligrosas, verdaderos precipicios...

—¿Y bien?

Chuck lanzó una carcajada. Parecía muy divertido.

—Ayer compré una escopeta de aire comprimido. Cincuenta dólares bien empleados. Esta mañana tomé el coche y me dirigí a Spake Burrow. Me aposté justamente al borde de una hondonada desde donde Jones acostumbraba a contemplar el panorama. Tuve que esperar mucho más de una hora. Hacía calor y los malditos lagartos corrían por todas partes. Luego llegó Max Jones. Detuvo prudentemente a su penco a unos tres metros del acantilado y comenzó a liar un cigarrillo. Pues bien, tomé mi carabina de aire comprimido y apunté al vientre del caballo. El proyectil debió darle un buen picotazo, porque el penco se alzó de manos, brincó sobre las rocas y se despeñó. Jones también, por supuesto.

—Que descanse en paz —dijo Morain, con los dientes apretados.

Más de mil personas asistieron aquella tarde al entierro de Max Jones en el cementerio de Chand Springs.

Los rostros estaban serios. Todos escuchaban las palabras bien timbradas del padre Chartrain.

Corey Álvarez se frotaba nerviosamente las húmedas manos.

Sin pretenderlo, alzó los oídos y tropezó con la mirada de Perla

Jones. La mujer le miró con reproche, con amarga desesperación.

Luego, cuando el padre Chartrain pronunció las últimas palabras y el cadáver de Jones fue sepultado, Perla corrió hacia el comisario, cuando ya éste se escurría apresuradamente fuera del cementerio.

—Tiene que escucharme, comisario —dijo ella con voz contenida—. Sé que mi padre ha sido asesinado. Jack Morain le pagó seis mil dólares a cambio de que me prohibiera acercarme a Joe Hammond. ¡Ese hombre es un criminal, comisario!

Álvarez rehuyó la mirada.

—Debe descansar, *miss* Jones. Comprendo que el desgraciado accidente que costó la vida a su padre la ha trastornado. La acompañaré a su casa —respondió.

Pero Perla estalló en un grito de protesta.

—¡No quiero ir a casa, quiero que me escuche! Ese «desgraciado accidente» esconde un asesinato. Óigame bien, señor Álvarez: mi padre conocía muy bien las Snake Burrow. No era un jovencito y él lo sabía. Conocía muy bien a los caballos y no hacía tonterías sobre la silla. ¡No, no puedo aceptar la palabra «accidente»! No sé cómo explicarlo, pero sé que Morain asesinó o hizo asesinar a mi padre.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó el comisario. Se sentía molesto. Hubiera dado cualquier cosa por poder evitar la presencia de Perla Jones.

—Porque convencí a mi padre de que aceptar el dinero de Morain le rebajaría ante todos y ante sí mismo. Yo devolví los seis mil dólares a Morain. Intentó propasarse y le golpeé. Vi en sus ojos un odio intenso, increíble. Ahora..., ¡ahora se ha vengado!

Corey se zafó del brazo de la joven y se dirigió al *jeep*, aparcado junto a las cancelas del cementerio.

—Lo siento. No hay pruebas para actuar contra Morain —gruñó.

Subió al automóvil, dio al encendido y arrancó bruscamente. Las ruedas del coche alzaron una polvareda en el camino.

Se sentía tan indignado que sus manos temblaban.

Conduciendo hacia la ciudad, comprendió que se había convertido en el lacayo de un criminal.

Aunque disimulase, Álvarez sabía muy bien cuáles eran los manejos de Morain en Chand Springs.

Imponía el silencio por el terror. Robaba a mansalva, a la luz del día, sin que una sola de sus víctimas presentase una denuncia ante

las autoridades.

«Morain ordenó la muerte de Palmer. Y también la de Jones. Y es posible que algún día envíe a sus esbirros contra mí. Sí, también mi vida está en peligro», pensó.

No podía olvidar las palabras de Morain, la misma noche en que Joe Hammond huyera a través del tejado.

—No voy a creerme su cuento, comisario. Es estúpido. ¿Cómo imaginar que Hammond logró sorprenderle, golpearle y arrebatarse las llaves? Hammond estaba conmocionado, herido, ¿no?

Álvarez se sintió muy incómodo cuando aquellos tres individuos, Freeland, Chuck y Dan Gaines, le rodearon.

—Es la verdad —murmuró—. Escapó.

Morain le miró con terrible fijeza.

—Cometa otro error semejante y comprenderá que nunca amenazo en vano. Si algo parecido vuelve a suceder, Álvarez, me temo mucho que perderá mi estimación.

«Perderá mi estimación» equivalía a decir: «perderá la vida».

Y Corey Álvarez no quería morir.

Sin embargo, sería tan fácil descolgar el teléfono, pedir una conferencia con Carson City y solicitar la ayuda de los G-Men.

Corey Álvarez había estado a punto de hacerlo. Pero en el último momento se había arrepentido.

La razón de su indecisión estaba a la vista: la fotografía que el desagradable Freeland había disparado en su despacho en el momento en que el comisario posaba sus dedos ávidos sobre los billetes que un sonriente Jack Morain sostenía en su mano.

Podía hundir a Morain, detenerlo y encarcelarlo. Pero aquella fotografía arruinaría, de paso, la carrera de Corey Álvarez.

Recibir dinero de un criminal supone un grave delito para un policía. Corey no lo olvidaba.

Pero tampoco podía olvidar que su falta de decisión suponía el imperio de Morain sobre la pacífica ciudad de Chand Springs.

Morain era insaciable. En su imaginación, Corey le veía como un gran felino eternamente hambriento de... dólares.

Interrumpió sus pensamientos al llegar a la plaza. En el Chillis había cerveza, mucha cerveza fresca, helada, refrescante.

Bajó y penetró en el bar.

Morain estaba recogiendo unos billetes de manos de Frank Polson, el dueño.

La mirada de Polson se cruzó con la del comisario, suplicante.

Era una llamada desesperada. Era tanto como decir: «¿Por qué no me libra de estos granujas, si usted sabe que me están robando?».

Corey desvió la mirada. Apoyándose sobre la fría barra, pidió una jarra doble de cerveza.

Jack Morain sonreía irónicamente.

Los sollozos escapaban de su pecho continuamente. La pena, una pena honda y desesperada, la embargaba.

Un mes antes, Perla Jones era una muchacha feliz, alegre, despreocupada.

Desempeñaba un trabajo que le gustaba, tenía junto a sí a Joe Hammond, el hombre del que estaba enamorada. Y su padre vivía.

Ahora...

Uno de los botones de la central se encendió. Perla escuchó a la señora Gable, tomó un *jack* y lo introdujo en el número solicitado.

Poco a poco, sus ojos fueron secándose.

La idea se fue apoderando lentamente de su mente. ¿No era Morain el culpable, Jack Morain, el odioso individuo llegado de Dios sabía dónde?

Perla tenía una pistola. Parkins, el representante de la compañía telefónica, se la había facilitado a partir de aquel día en que unos gamberros intentaron robar en la central.

—Le mataré —murmuró.

Si Morain desaparecía, tal vez la paz volviese a Chand Springs.

Morain la deseaba, Perla había podido comprobarlo.

Aquella misma noche iría a visitarle al hotel Sur-Nevada. Fingiría. Le haría creer que se plegaba a sus turbios deseos.

Incluso se dejaría abrazar. Y entonces dispararía a quemarropa hasta agotar el cargador.

Se estremeció al imaginar la escena. Morain cayendo a sus pies, bañado en sangre.

Pero sus facciones se endurecieron. La decisión estaba tomada.

Hacia el atardecer, avisaría a Kate para que la remplazara durante una hora.

—Me encarcelarán. Al fin y al cabo, se trata de un homicidio —suspiró.

¿Qué importaba? Joe estaba en peligro, arruinada su carrera. Perseguido como un perro rabioso, como un criminal.

Perla había visto los coches de la policía de Tonopah e incluso había estado a punto de entrevistarse con Larry Kilarney, el *sheriff* de aquella ciudad.

Morain y sus pistoleros habían contemplado la llegada de la policía desde la terraza del Chillis. Con absoluta impunidad.

Hasta las ocho de la tarde, Perla Jones permaneció en la central telefónica, atendiendo su trabajo.

A aquella hora, sacó la pistola de un cajón y comprobó que el cargador estaba lleno.

El contacto con el frío acero la aterró. Pero estaba dispuesta a controlar su miedo, a actuar.

Se disponía a llamar a Kate, cuando se encendió el aviso luminoso de las comunicaciones interurbanas.

Llamaban desde Indian Point, un pequeño lugar situado a treinta millas de Chand Springs.

Perla preguntó el nombre del destinatario y se asombró al oír a la operadora:

—Conferencia para la señorita Perla Jones.

Un momento después se sobresaltaba al escuchar la voz metálica de Joe Hammond.

—¡Joe! ¡Joe! ¿Eres tú? —inquirió, excitadísima.

—¡Perla! Escucha, tienes que tranquilizarte. Pareces muy nerviosa.

—Joe, mi padre ha muerto —murmuró con voz estrangulada—. Le encontraron en el fondo de una quebrada, en Snake Burrow.

—¡Dios santo, no puedo creerlo! Max conocía muy bien...

—Ha sido un asesinato, Joe. Me lo dice mi corazón. Morain...

Habló durante diez minutos sin descansar, atropelladamente. Las lágrimas volvieron a brotar incontenibles.

—Joe, voy a matar a Morain. Tengo una pistola. Voy a hacerlo ahora mismo —terminó.

—¡Espera! No quiero que te expongas. Escucha, Perla. Te necesito ahí, al pie del teléfono. Vamos a intentar desenmascarar a Morain y a sus pistoleros.

—Pero no es posible, Joe. Nadie querrá hablar, denunciarles. Todos están aterrorizados. He oído algunas conferencias telefónicas. Morain no descansa un momento. Quiere estrujar a Chand Springs hasta que en los bolsillos de sus ciudadanos no quede un solo centavo.

—A pesar de ello. Escucha, Perla. Estoy decidido a exponerme. Es la única forma de conseguir mi rehabilitación. He teñido mis cabellos de color rubio. Me he dejado el bigote y uso gafas. Podría penetrar ahora mismo en Chand Springs y nadie me reconocería. De todas formas no quiero arriesgarme mucho. Vas a hacer algo: quiero que solicites la instalación de un teléfono en la casa de tu padre. Regresaré a Chand Springs y me ocultaré allí. Y no quiero que intentes nada por tu cuenta. Estaremos en continuo contacto. Yo te iré diciendo lo que tienes que hacer, ¿lo prometes?

Perla asintió. Ahora, oyendo la voz de Hammond, se sentía confortada.

—Como tú digas, Joe. Temo por ti. Si te reconocieran...

—Eso no sucederá. Vamos a plantar batalla a Morain, amor mío. Sé fuerte. Y permanece a la escucha. He comprado un magnetófono. Podrás recogerlo en casa de tu padre esta misma noche. Quiero que grabes en él cualquier conversación telefónica que mantengan Morain o sus hombres.

—Lo haré, Joe. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. He aguardado una semana porque quería reponerme. Ahora estoy bien. Lo siento, pequeña. Debes estar destrozada... Confía en mí. No devolveremos la vida a tu padre, pero Morain sufrirá en su carne, te lo juro. Pero olvidemos ahora todo eso. Necesitamos mantener nuestra mente fría y despierta, Perla. Quiero que hables con Corey Álvarez. Dile que lo sé todo, que Morain le entregó dinero. Dile que comprendo que se encuentra entre la espada y la pared, pero que le ayudaré a resolver su problema. Y obligale a prometer que nos ayudará a su vez.

—De acuerdo, Joe. Aunque sé que estás lejos, me siento revivir. Ven pronto, te necesito —imploró Perla.

—Esta misma noche estaremos juntos. Cuelga ahora. Que Dios te bendiga, pequeña.

—Que nos proteja a los dos —respondió Perla, emocionada.

Retiró el *jack* y la comunicación quedó interrumpida.

Unos pasos sonaron en el vestíbulo.

Perla se volvió y contempló, aterrorizada, a Jack Morain.

CAPÍTULO XI

—Ve —dijo Morain.

—¿Por qué matar a Chuss? —preguntó el chicano—. El vigilante está bien «engrasado». Además, jamás diría una palabra, por la cuenta que le tiene.

Morain sacó una pitillera de oro y extrajo un cigarrillo que encendió cuidadosamente.

Y de repente estalló:

—Sucio, asqueroso y grasiento chicano —murmuró rabiosamente—. No te tengo a mi lado para que critiques mis decisiones, sino para que me obedezcas. Es peligroso que pienses por tu cuenta, Chuck. Ve y cumple lo que te he ordenado.

A Chuck le brillaron los negros ojos demasiado. Porque se sentía humillado y furioso por los insultos que Morain acababa de dirigirle.

Sin embargo, su máxima cualidad consistía en adaptarse a las circunstancias. Sabía fingir muy bien.

—Perfectamente —sonrió—. Iré.

Abandonó el hotel, bajó a la calle y penetró en el garaje del sótano.

Morain no tenía ya el viejo «Ford-Ranchero». Dos días atrás, Chuck había viajado hasta Carson City para recoger un flamante «Buick-Imperator» que había costado a Morain más de diez mil dólares.

Bueno, Morain lo había pagado. Pero el dinero, ¿no era de todos?

Pensando en ello, Chuck arrugó el ceño. Cuando huyeron de Seattle, Morain parecía decidido a compartir por entero su suerte con la de sus tres amigos: Chuck, Freeland y Gaines.

Pero a medida que su caja de caudales se llenaba de dinero, Morain se mostraba más y más déspota.

Sólo el temor que Morain le inspiraba, obligaba al chicano a mostrarse adulator, hipócrita y conformista.

Pero algún día...

Entregó un dólar al empleado del garaje que le entregaba las llaves y se introdujo en el «Buick».

—De todas formas, es el más inteligente —murmuró.

Morain estaba dedicándose al asunto Palmer.

Palmer no tenía familia. A pesar de ello, un notario de Tonopah tenía en su poder su testamento: Palmer legaba todos sus bienes a Loretta Peyton, su prometida, una solterona millonaria que residía en Carson City.

Morain no perdía un segundo. En su viaje a Carson City, Chuck había recibido instrucciones en el sentido de visitar a Loretta Peyton y ofrecerle los sentimientos de pesar del *gángster* por la muerte de Dave Palmer.

La solterona no lo era tanto, según pudo comprobar Chuck en persona.

Miss Peyton tendría unos cuarenta años, pero se conservaba espléndidamente, tenía una bonita silueta y... una cantidad impresionante de millones.

Miss Peyton, que ya conocía la muerte de Dave Palmer, había ofrecido una recompensa de diez mil dólares a la persona que hiciera posible la captura de Hammond.

Y, además, pareció recibir de muy buen talante, el mensaje de Morain.

¿Se debió a ello que Loretta viajase dos días después hasta Chand Springs? En verdad, era la única heredera de Dave Palmer.

—Inteligente granuja —se dijo Chuck, mientras conducía hasta el club Palmera-Oasis—. No me extrañaría que Morain consiguiese interesar a *miss* Peyton. Si se casase con ella, tendría sus millones y los de Palmer Una bonita jugada.

Minutos después llegaba al Palmera-Oasis y aparcaba el lujoso automóvil ante la entrada.

Jim Chus trabajaba como vigilante de la cancha de *jai-alai* por las tardes, además de su tarea de vigilancia en el almacén de Palmer.

Chuck se detuvo unos minutos en los alrededores de la piscina. Contempló con los ojos brillantes los bronceados cuerpos de unas

jovencitas y luego penetró en la cancha.

Inmediatamente se sintió perseguido por las miradas de los apostadores que seguían un partido de pelota desde las gradas.

Odio, odio intenso, era lo que reflejaban aquellas miradas. Y miedo.

Chuck sonrió despectivamente y buscó a Chuss.

Tenía esbozado un plan. Llamaría a Chuss y se lo llevaría a los lavabos de caballeros con el pretexto de hablar con él.

En el bolsillo del pantalón, Chuck guardaba un pedazo de resistente cordón de nilón.

¿Cuántos segundos duraría la vida de Chuss cuando el cordón se ciñese a su garganta?

Chuck había echado un vistazo a los lavabos. En el pasillo existía una puertecita. Y la puerta correspondía al pequeño cuarto donde se guardaban los útiles de limpieza.

Un lugar excelente para ocultar el cadáver de Jim Chuss. En el peor de los casos, no sería descubierto el cuerpo hasta el día siguiente.

Por más que recorrió los alrededores de la cancha no pudo encontrar a Chuss.

—Alguien le llamó por teléfono —le explicó el portero—. Me pidió que le relevara y se marchó.

—¿A dónde fue? —preguntó Chuck.

—A su casa. Al parecer, uno de sus vecinos advirtió que parte de su vivienda estaba en llamas. *Vive en...*

—Lo sé —respondió bruscamente el chicano. Y se alejó.

Jim Chuss vivía en el barrio obrero de Chand Springs. Una agrupación de casas de tres pisos, situada en el extremo norte de la ciudad.

Diez minutos más tarde, Chuck llamaba a la puerta.

Una gruesa señora que se confesó hermana de Chuss salió a recibirle.

—¿Incendio? —se extrañó la mujer—. Debe tratarse de un error. Por otra parte, Jim no ha aparecido por aquí.

Chuck comenzó a impacientarse. Durante una hora recorrió todos los bares y establecimientos públicos de Chand Springs, en busca de Chuss.

Hacia las nueve, Chuck regresó al hotel Sur-Nevada y se

entrevistó con Morain.

—Ha desaparecido —confesó.

Morain murmuró una palabrota. Chuck comprendió inmediatamente que su noticia llevaba la inquietud a su ánimo.

—Sigue buscándole. No descanses hasta encontrarle. Voy a avisar a Freeland y a Gaines. Quiero tener a Chuss. El sabe toda la verdad acerca del asunto Palmer. Si alguien le convenciese, si alguien le obligase a hablar, estaríamos perdidos —dijo con ira reconcentrada.

Tomó el teléfono y habló brevemente con Sam Freeland.

—Buscad a Chuss. Y si lo encontráis, disparad contra él antes de que pueda respirar —ordenó.

Cuando el chicano salió de su apartamento, Morain penetró en el lavabo y se desnudó.

La ducha fría le tonificó y tranquilizó sus nervios.

Se vistió reposadamente y se peinó con cuidado. Un vistazo en el espejo le devolvió la imagen de un caballero elegantemente vestido.

—No dejaré que el negocio se me vaya de las manos —murmuró—. Aunque tenga que eliminar a una docena de personas de este asqueroso lugar.

Abandonó el hotel, cruzó la plaza y penetró en la central de teléfonos.

Desde la puerta, contempló a Perla Jones en silencio. Ella acababa de interrumpir una conversación telefónica y le miró, aterrorizada.

Morain rió secamente.

—Está temblando, señorita Jones. ¿Por qué? No me lo diga: teme que venga a tomarme la revancha, ¿no es cierto?

Perla no respondió.

Su terror era tan intenso que ni siquiera se atrevía a hablar. Adivinaba que sus palabras sonarían inseguras, temblorosas, balbuceantes.

—No tiene nada que temer —dijo Morain, aproximándose a ella—. Si es razonable, se entiende.

—¿Qué quiere decir? Usted sabe que le detesto, que no podría...

—¿Aceptarme? Escuche, pequeña. Es usted una muchacha muy atractiva, pero Jack Morain no pierde la cabeza por unas faldas. Es cierto que me atrae poderosamente, pero no voy a forzarla. En

realidad, el motivo de mi visita es..., ¿no lo adivina?

Perla deslizó la pistola entre sus muslos, en la falda.

—No tengo tiempo para adivinar los pensamientos de los demás —murmuró, nerviosa.

—Yo se lo diré. —Una leve sonrisa distendía los labios de Morain—. He venido a disculparme. Estuve rudo y grosero con usted. Le presento mis excusas, señorita Jones.

Perla se mordió los labios.

¿Jack Morain pidiendo disculpas?

—Muy bien —logró articular—. Las acepto. Yo también me porté desconsideradamente. Le acusé y le ofendí. Lo siento. Ahora, discúlpeme, tengo que atender a mi trabajo.

—Perfectamente. Una pregunta..., ¿sigue considerándome responsable de la situación de Joe Hammond? —preguntó Morain, observándola sin pestañear.

—No. Quiero decir, no lo sé. Joe era para mí como un dios, ¿comprende? Yo no podía admitir que pudiera convertirse en un asesino. Ahora..., no sé qué pensar.

Morain chasqueó la lengua, satisfecho.

—Eso está mejor, señorita Jones. Veo que vuelve a ser razonable. Escuche, hay en Chand Springs algunas personas que me odian. Me guardan rencor porque he conseguido ganar dinero y crear una empresa fuerte, ¿entiende? No dudarían en difamarme, en imputarme hechos falsos, si pudieran.

—No comprendo adónde va a parar, señor Morain.

—Se lo explicaré. Es posible que una de esas personas decidiera denunciarme por algún delito que no he cometido. Desde aquí, la única forma de perjudicarme sería llamar por teléfono a Carson City. Por eso quiero que me haga un pequeño favor: a partir de hoy, tomará nota de todas las conferencias interurbanas, nombres de las personas que las pongan, destinatarios y un resumen de la conversación.

—Pero..., ¡no puedo hacer tal cosa! El reglamento lo prohíbe —protestó Perla.

Morain la miró con frialdad de hielo.

—Lo hará, señorita Jones. Soy razonable con las personas que me sirven, pero no dudo en castigar a los que tratan de perjudicarme. Hará lo que le he pedido y cancelará cualquier

conferencia destinada a la policía o autoridades. Si no lo hace...

Perla tragó saliva.

Tenía miedo. Un miedo irrazonable y primitivo.

—Lo..., lo haré —murmuró.

Morain sonrió. Se encaminó a la puerta y desde allí advirtió:

—Vendré a visitarla con frecuencia e inspeccionaré el resumen de las conferencias interurbanas. Confío en que cumplirá mis instrucciones. Si no lo hace, se arrepentirá.

Cuando Morain desapareció, Perla guardó apresuradamente la pistola en su cajón.

Había estado a punto de disparar. Sólo la confianza, la seguridad que tenía puesta en Joe Hammond le había dado la suficiente firmeza de ánimo para controlar sus nervios.

Había tenido que fingir ante Morain, había callado las palabras que su corazón hubiera deseado gritar.

—Asesino —murmuró, colérica.

En aquel momento, la señal del tablero comenzó a destellar.

—Joe —murmuró Perla, esperanzada. Y clavó el *jack*.

CAPÍTULO XII

No había sido difícil sorprender a Jim Chuss.

Ni tampoco ponerle fuera de combate de un buen puñetazo en la barbilla.

Joe lo había cargado sobre el asiento trasero del automóvil que Perla había alquilado dos días antes y lo había llevado a la casa que le servía de escondrijo.

No, no había sido difícil hacer salir a Chuss del club Palmera Oasis.

Pero ahora, tumbado sobre un diván, recuperado el conocimiento, el hombre no parecía muy dispuesto a confesar.

—Esto hace más difícil su situación, Hammond —vociferó en cuanto pudo hablar—. Tras un asesinato cargará con un secuestro. Le condenarán a cadena perpetua.

Joe se aproximó a él y le tomó por la chaqueta.

—Pero tú no lo verás, canalla, porque para entonces estarás muerto. Nadie te encontrará jamás. En el patio hay un pozo. El brocal queda herméticamente cerrado con una tapa de hierro. Por lo demás, las paredes son lisas, de cemento. El pozo es muy profundo, tal vez unos treinta metros. ¿Te lo imaginas, Jim? Te dejaré caer. ¿Sabes nadar? Estás aterrado, ¿eh? Oiré un momento tus gritos y después cerraré la tapa. Nadie podrá oírte nunca. Morirás muy lentamente, Jim.

—No..., ¡no puede hacer eso conmigo, Hammond! Sería un crimen repugnante —murmuró Chuss, sobrecogido.

Hammond rió burlonamente.

—¿Tú crees? Tú sabes que mereces la muerte. Jim Chuss. Colaboraste en el asesinato de Dave Palmer, el hombre que te daba de comer. Créelo, meterte en el pozo y dejarte morir, sólo será un acto de justicia.

De repente, Jim comenzó a forcejear con desesperación,

intentando librarse de Hammond.

El policía le contuvo con facilidad, pero Chuss empezó a escandalizar. Sus chillidos eran peligrosos.

Dos bofetones salvajes le hicieron callar.

—Será mejor que afrontes la situación, Jim. Vas a morir. Pero no quiero exponerme inútilmente. Tus chillidos pueden despertar la curiosidad de alguien, fuera. Así que voy a ponerte *groggy*.

Alzó el puño. Ya iba a descargarlo, cuando Chuss comenzó a suplicar:

—¡Por favor, por favor...! No me golpee más. Yo..., yo necesitaba dinero. Me gusta el póquer, perdí... Debía más de dos mil dólares. No sé cómo llegó a saberlo Morain. El caso es que se presentó un día en mi casa y me ofreció el dinero. Tenía cine colaborar con él. Iba a ser muy fácil, según me explicó. Pero yo no sabía que la vida de Dave Palmer estaba en peligro. Me ordenaron que abandonase mi puesto en el almacén, que me ausentara durante una hora. Cuando volví, Morain estaba allí con sus hombres y usted en el suelo, ensangrentado. Habían matado a Palmer de un tiro, utilizando su propio revólver, Hammond.

Hizo un esfuerzo para continuar hablando. Pero se asfixiaba y hubo de recuperar la respiración.

—Cuando vi al señor Palmer muerto, di un chillido y traté de escapar. Ese bestia, Gaines, me cazó en la puerta y me golpeó hasta que perdí el conocimiento. «Debes ser razonable, Chuss —me dijo Morain—. Declararás que encontraste a Hammond con el revólver en la mano». Me amenazó. Dijo que si le desobedecía, mi hermana sufriría un «accidente» y que yo mismo no viviría mucho tiempo. Me aterré y obedecí. Eso es todo.

Hammond movió la cabeza expresivamente.

—Eres un canalla, Chuss. No sólo permaneciste cruzado de brazos mientras esos pistoleros asesinaban a Palmer, sino que además me acusaste a mí a sabiendas de que era inocente.

—¿Qué..., qué va a hacer conmigo, Hammond? —preguntó Chuss, temeroso.

—Puedes marcharte. Pero no te confíes. Representas un peligro para Morain, un peligro cierto. Y Morain decidirá eliminar ese peligro. Te matarán.

—Sí... He pensado en ello. Usted puede protegerme, Hammond.

Déjeme vivir unos días aquí. Después...

—Después vendrás conmigo a Tonopah y declararás ante el *sheriff* Kilarney. Si te vuelves atrás ante Kilarney, yo me ocuparé de ti.

—Entonces, ¿puedo quedarme? —preguntó Chuss, aterrado.

—Quédate. Creo que éste es el único lugar donde estarás a salvo de las garras de Morain. Pero yo estaré contigo. Si intentas comunicarte con alguien, si tratas de entrar en contacto con Morain...

Pero Chuss sentía demasiado miedo para ello.

—Confíe en mí, señor Hammond. Le obedeceré en todo —declaró.

Joe le guió hasta el lavabo y le permitió lavarse la cara. Luego los dos hombres volvieron al salón, en penumbras.

Jim Chuss se dejó caer sobre un diván, absolutamente vencido. Joe descolgó el teléfono.

—¿Joe? —resonó enseguida la voz de Perla—. El acaba de estar aquí.

—¿Morain?

—Sí. Me aterró. Acababa de hablar contigo cuándo apareció en la puerta. Temí que hubiera escuchado parte de nuestra conversación. Afortunadamente no fue así.

—¿Qué quería? —preguntó Hammond, tenso.

—Simuló que venía a disculparse conmigo. Pero ese hombre es de temer, Joe. Me ha ordenado que controle todas las conferencias interurbanas. Quiere que anote nombres y haga un resumen de las conversaciones. Le he notado nervioso, inquieto, aunque lo disimulaba perfectamente. Por mi parte, simulé ceder.

—Muy bien. Conserva la calma y nada sucederá, pequeña. ¿Has oído algo significativo?

—Sí. Están buscando a Chuss. Desesperadamente. Morain ordenó a Freeland que disparasen sobre Jim Chuss en cuanto lo tuvieran a la vista. ¿Conseguiste...?

—Está aquí, conmigo y quiere portarse sensatamente. No lo encontrarán. Y a cada momento van a sentirse más nerviosos. Ahora, Perla, adelante con la segunda parte de nuestro plan. Ánimo, cariño. Si dominamos nuestros nervios, estoy seguro de que todo saldrá bien.

—Sí, Joe. Mientras pueda escuchar tu voz en cuanto lo necesite. Hasta luego. Hablaré con el juez, con Harrey, Goldman, etc.

Dan Gaines penetró en el apartamento de Morain como una tromba.

—¿Qué te ocurre, estúpido? Tiembblas, estás pálido como un muerto. ¿Qué diablos te ocurre? —preguntó Morain, molesto por la interrupción.

Gaines tragó saliva.

—Acabo de saberlo, Jack. Hay peste en Chand Springs. Varias personas han caído, fulminadas, en plena calle —farfulló.

Morain se puso en pie de un brinco.

—¿Estás delirando? La peste no existe ya en nuestro país —gritó.

—Quizá sea cierto. El doctor Gable cree que la epidemia la ha traído un muchacho mexicano que llegó a Chand Springs hace unos días. Escucha, Jack: tenemos que huir. Yo me marchó. ¡No esperaré ni un minuto más en esta podrida covacha!

Se dirigía ya hacia la puerta, excitadísimo, cuando Morain le llamó a gritos.

—¡Espera, Dan; aguarda, estúpido! —Morain iba a agarrar por los hombros al corpulento Gaines, cuando se detuvo, la mano en alto.

Un temor supersticioso comenzaba a apoderarse de él.

—No, Jack. Yo no quiero morir. He visto cómo se desplomaba en plena calle una muchacha. ¿Es que no quieres creerlo? Sal fuera. Verás que las calles están desiertas. Pregunta a Corey Álvarez, al doctor Gable...

—Lo haré —murmuró Morain, apretando las mandíbulas—. No salgas de aquí. ¿Cómo ibas a viajar, estúpido?

Volvió sobre sus pasos, penetró en su lujoso despacho y tomó el teléfono.

—Con el comisario Álvarez —ordenó.

Un momento después palidecía.

—Ésa es la triste realidad, Morain. Han muerto siete personas ya y el doctor Gable estima que más de un centenar de personas han contraído el terrible contagio. Gable se encuentra en un callejón sin salida. No tenemos, más médico que él y no dispone de vacunas. Me he visto obligado a pedir ayuda a la capital del Estado, Morain.

Jack rechinó los dientes.

—¿Cómo te has atrevido a hacer nada sin consultarme? ¿Por qué has utilizado el teléfono? Té advertí... —gruñó, lleno de furia.

—Es un caso de emergencia, Morain. Las vidas de miles de ciudadanos de Chand Springs están en juego. ¿Qué quería que hiciese? He llamado por radio a Tonopah y Kilarney se ha encargado de dar la voz de alarma a Carson City. Enviarán ambulancias, médicos, enfermeras y el material necesario. ¡Ojalá sea todavía tiempo de atajar la epidemia!

De la frente de Jack Morain comenzaron a deslizarse chorros de sudor. Aquella misma mañana había abrazado y besado a una de las doncellas del hotel. ¿Estaría contaminada la muchacha?

—He recibido órdenes, Morain. Chand Springs permanecerá en cuarentena hasta que las autoridades sanitarias lo dispongan. A excepción del personal sanitario, nadie podrá penetrar en la ciudad. Tampoco podrá salir nadie. Kilarney ha enviado ya dos docenas de policías para acordonar la ciudad. Creo que...

De repente, Morain colgó el teléfono con ira.

Miró a Gaines, que aguardaba en la puerta, pálido y tembloroso. Morain sonrió despectivamente.

¿Era posible que un tipo tan endurecido como Dan se comportase como un chiquillo asustadizo e indefenso?

Sin embargo, Morain no pensaba en que también él mismo sentía en sus carnes la dentellada del terror.

—Avisa a Chuck y a Freeland. Que no sigan buscando a Jim Chuss. Nos marchamos. Si esperamos unas horas, no podremos salir de la ciudad. Ese estúpido de Álvarez ha dado la voz de alarma. Kilarney enviará un escuadrón de policías desde Tonopah. ¡Vamos, estúpido!, ¿qué esperas? Que preparen el coche.

Aturrullado, Dan dio media vuelta y escapó.

En cuanto estuvo solo, Morain abrió un armario y sacó una maleta.

Abrió la caja empotrada y fue sacando con cuidado el dinero que había atesorado a lo largo de mes y medio.

Maldecía al chico mexicano que había traído la peste a Chand Springs, maldecía a la maldita suerte, que le impedía seguir adelante con sus planes de conquistar a Loretta Peyton y convertirse en el hombre más rico del Estado de Nevada.

Había soñado con mansiones lujosas, con criados, yates, mujeres

y veladas fabulosas en los casinos de Las Vegas.

Terminó de colocar cuidadosamente los fajos de billetes en la maleta.

—Una bicoca —murmuró—. Algo más de ciento veinte mil dólares.

Ojeó la carpeta donde había ido coleccionando datos y más datos. Leyó una hoja, miró unas fotografías.

—Creo que podré incrementar estos cien mil dólares en mucho. Hoy es viernes. Cada viernes, un camión de la Asunción Gold Co., transporta un par de toneladas de oro en lingotes hasta Carson City. ¿Por qué no...?

Cuando llegaron Freeland, Chuck y Gaines, su decisión estaba tomada.

Entonces la prisa, la urgencia, se apoderó de él.

—¿Qué esperáis? Abajo todos. Chuck, saca el coche. Sam, recoge las metralletas. Dan, ve por delante —ordenó, nervioso.

Bajaron al vestíbulo.

En la conserjería no había nadie. Mejor, así no podrían dar ninguna indicación a la policía.

Porque Morain suponía que Corey Álvarez le denunciaría en cuanto tuviera la seguridad de que estaban lejos.

Chuck tenía ya el coche ante la puerta. Entraron. Morain no se separaba de la maleta llena de dinero.

—Arranca —ordenó.

El coche se deslizó silencioso, rodeando la plaza.

Dan no había mentido. Apenas eran las diez de la mañana, pero a esa hora, las calles de Chand Springs solían estar llenas de gente.

Hoy, sin embargo, todo estaba desierto y triste.

El Banco había cerrado sus puertas. También el Chillis estaba cerrado y las mesas recogidas en montones junto a la fachada.

Sólo la central de teléfonos permanecía abierta al servicio.

Y dentro de ella, siempre bella y atractiva, Perla Jones.

—Para —ordenó Morain.

Sus ojos azules, casi grises, relucían.

CAPÍTULO XIII

—Debemos proteger a los ciudadanos de Chand Springs —había decidido Joe Hammond.

Porque sabía que cuando el pánico cundiera entre Morain y sus hombres se tornarían violentos y peligrosos como perros rabiosos.

Mellish y Álvarez, con los que había mantenido largas conferencias telefónicas, estuvieron de acuerdo.

Todo iba desarrollándose a la medida del plan que Hammond había ideado para librar a Chand Springs de los cuatro *gangsters*.

Afortunadamente, tanto Corey Álvarez como el juez, se habían mostrado razonables, dispuestos a secundar su idea.

También Jim Chuss había sido sensato. Incluso se había ofrecido a Hammond para ayudarle, si lo necesitaba.

Ahora, Hammond sabía muchas cosas acerca de Morain y sus pistoleros. El fichero del FBI poseía numerosos datos sobre los cuatro delincuentes.

Sabía que los cuatro eran peligrosos. Antes de ser detenidos y encerrados, se defenderían desesperadamente. Y en la lucha, era posible que cayese más de un inocente ciudadano de Chand Springs.

Por eso, Hammond había decidido que lo mejor era obligarles a abandonar la ciudad.

¿Cómo? La peste.

Una imaginaria y virulenta epidemia de peste.

Perla había sido el enlace. Ella había hablado con unos y con otros, ella les había convencido a todos para que colaborasen en el plan de Hammond.

Había sido un excelente acuerdo el de instalar un teléfono en la casa del fallecido Max Jones. A través del hilo telefónico, Joe había permanecido en permanente contacto con Perla, había recibido sus informaciones y había movido los hilos invisibles que ponían en movimiento la farsa.

Hammond miró su reloj. Las diez y veinte.

Comenzó a intranquilizarse. Perla había quedado en llamarle a las diez.

Paseó nerviosamente por el gran salón, encendió un cigarrillo, lo apagó.

Finalmente descolgó el teléfono.

—¿Perla? ¡Por favor, contesta! ¿Estás ahí? —gritó.

Hasta su oído no llegó el menor rumor. Entonces comprendió que no tenía línea.

Jim Chuss le vio dirigirse a la puerta y corrió detrás de él.

En el corral, Hammond abrió la portezuela del coche que Perla había alquilado y dio al encendido, mientras Jim subía también.

Condujo como un loco a lo largo de las desiertas calles, hasta alcanzar la plaza.

Los neumáticos chirriaron y dejaron una oscura marca sobre el pavimento cuando Joe frenó a fondo, ante la central de teléfonos.

—¡Perla, Perla! ¿Estás ahí? —gritó, mientras corría hacia la puerta.

Allí se quedó clavado como una estatua.

La central telefónica estaba destrozada literalmente. Cordones y aparatos habían sido destrozados a golpes y las conexiones cortadas a navajazos.

—Perla... —murmuró Hammond. Y sintió un terrible escozor en los ojos.

—Hay un hombre ahí dentro —dijo Jim, señalando la puerta entreabierta—: Está herido.

Era Parkins, el delegado de la compañía telefónica. Le habían golpeado en la cabeza. Sus cabellos estaban manchados de sangre.

—Ocupate de él —ordenó Hammond. Y salió a la carrera.

Saltó al coche y se disponía a arrancar, cuando un *jeep* estuvo a punto de chocar contra él.

Era Corey Álvarez.

Llevaba un rifle sobre el asiento y unas cuantas cajas de proyectiles.

Corey bajó los ojos cuando Hammond descendió del coche y le miró.

No hubo ni una palabra de reproche.

—Perla no está en su puesto —dijo Hammond—. Me temo que

la hayan secuestrado.

—Así es. Yo lo vi todo desde el cuartel, Joe. Soy un cobarde, no fui capaz de reunir el valor suficiente para intervenir —confesó el comisario.

—Hizo bien. Hubiera sido una locura. ¿Hacia dónde se fueron? —preguntó Hammond, ansioso.

Corey señaló la calle Dos.

—Creo que se dirigen hacia la divisoria con California —agregó el comisario—. ¡Dios santo, el truco de la epidemia surtió efecto, pero no podíamos contar con esto! Morain se sentirá seguro con la señorita Jones en su poder. Y no dudará en utilizarla como rehén.

—No es hora para lamentarse. Ocupe el otro asiento. Yo conduciré —ordenó Hammond.

Condujo locamente a través de las calles desiertas y alcanzó la carretera.

Un kilómetro más allá estaba el camino que llevaba a la mina de la compañía minera Asunción.

Fue Hammond el que, de repente, exhaló un grito de íntima sorpresa.

—¡Comisario! Estoy pensando... Hoy es viernes. Un camión de la Asunción debe haber abandonado la mina, hace apenas unos minutos. Si Morain ha seguido el mismo camino...

A Álvarez le tembló el voluminoso abdomen.

—¿Quiere decir que Morain...? —farfulló.

—Quiero decir que Morain no dejaría pasar la ocasión de robar impunemente un camión cargado de oro.

—Pero..., el camión lleva una escolta de vigilantes armados —arguyó el comisario.

Hammond no hizo ningún comentario.

Apretaba y apretaba el acelerador y sus manos se aferraban al volante.

—Va demasiado aprisa, Joe. No tendría gracia que volcásemos —gritó Corey, para hacerse oír por encima del ruido del motor.

—Menos gracia tendría que Morain lograra huir. Aunque Kilarney haya enviado a sus hombres, no llegarán a tiempo de ayudarnos. Lo que haya de hacerse tendremos que hacerlo nosotros. Agárrese y no me distraiga. Quemaré el motor si es necesario. Escuche, Corey: no es hora de sentir miedo, sino de esforzarse en

atrapar a los canallas que nos han ultrajado y dominado. Y sobre todo de salvar a Perla Jones.

La carretera era lisa y recta en toda la extensión que alcanzaba la vista. A medida que avanzaban, la zona se ha tornado más ardiente y desértica.

Durante una hora, Hammond condujo a velocidad máxima sin vislumbrar el menor vestigio de los granujas.

El *jeep* enfiló una cuesta, la remontó y comenzó a descender a velocidad suicida.

Fue entonces cuando Hammond distinguió la humareda que se alzaba sobre unos montículos situados a la derecha de su marcha.

—¡Mire! —gritó.

—Es el hatajo que lleva a la carretera Noventa y Cinco. Yo diría... ¡Sí! Es un vehículo en llamas —observó el comisario.

Llegaron a la desviación y Hammond la tomó sobre dos ruedas.

Corey sudaba a mares y renegaba continuamente. No podía evitar el temor, la angustia. A cada momento imaginaba que el *jeep* iba a salir volando, que se estrellarían a más de ciento veinte kilómetros por hora.

El camino era infernal, lleno de baches profundos y de piedra suelta sobre la que derrapaban a veces las ruedas.

El aire ardiente del desierto quemaba sus facciones. Ninguno de los dos hombres llevaba sombrero y el sol implacable parecía traspasar sus cráneos.

Detrás de ellos se elevaba una nube de polvo amarillento que quedaba flotando muchos minutos sobre el aire en calma.

El *jeep*, sin embargo, trepaba fácilmente la aguda cuesta.

Al fin vieron la hoguera. El humo negruzco se elevaba a más de cien metros de altura en vertical columna.

—¡Es..., es el automóvil de Morain! —gritó Álvarez, sobresaltado.

Hammond frenó a diez metros del vehículo incendiado y descolgó el extintor del *jeep*.

El calor era inaguantable y el humo le obligó a toser secamente. Pero un momento después, las llamas se extinguían y sólo quedó una débil columna de humo acre y maloliente.

Corey Álvarez se atragantó al distinguir las siluetas de cuatro cadáveres calcinados en el interior del automóvil.

—Son ellos —murmuró—. Morain y sus pistoleros.

Pero Hammond movió la cabeza negativamente.

—El truco no es muy ingenioso. Morain ha prendido fuego a su coche con la intención de confundirnos.

—Pero es su coche. Y son cuatro los cadáveres —protestó Corey.

—Piense un poco. El camión de la Asunción y el *jeep* con cuatro vigilantes armados que le sirve de escolia, toman siempre el atajo para alcanzar la Noventa y Cinco y llegar a Carson City, ¿no es cierto? ¿Por qué iban a hacerlo también Morain y sus pistoleros sino para atracar al camión? Mire las botas de esos cadáveres, comisario. ¿Cree que es el calzado que utilizarían los *gangsters*?

Álvarez miró el cuero retorcido de las botas y asintió.

Muy pálido, tartamudeando, dijo:

—Entonces, eso quiere decir...

—Que Morain consiguió sorprender a los vigilantes, que los ametralló. Se ha apoderado del camión y del *jeep*. Ahora no podrán correr demasiado. Les alcanzaremos. Pero ¿por qué dirigirse hacia el norte? Podrían escapar mejor hacia California. Escuche, comisario, será mejor que utilice la radio y logre conectar con Carson City o con el puesto de policía más cercano. Vamos a necesitar ayuda.

Volvieron al *jeep*. Corey Álvarez evitó mirar los ennegrecidos cadáveres que asomaban por las ventanillas.

CAPÍTULO XIV

Chuck soltó los prismáticos.

—¡Ahí están! El camión y el *jeep*. Acaban de abandonar el recinto de la mina —anunció, muy excitado.

—Da la vuelta y sal a la carretera —ordenó Morain.

—¿Por qué? —preguntó el chicano—. El camino de la mina es el sitio ideal para el asalto.

Morain plegó los labios en un ademán colérico.

—Cállate y obedece. Yo sé lo que hago. Si aguardásemos en el camino, los vigilantes no nos dejarían acercarnos a menos de treinta metros. Esos hombres llevan metralletas. ¿Crees que nos sería posible poner nuestras manos sobre ese oro? ¡Vamos, cretino, mete la marcha atrás y corre antes de que nos vean y comiencen a sospechar!

Chuck murmuró algo entre dientes. Pero obedeció.

Antes de que el *jeep* y el camión hubieran superado la colina que tapaba parcialmente el recinto de la mina, el «Buick» rodaba ya por la carretera.

—¿Cuál es tu plan. Jack? —preguntó Sam Freeland, que viajaba al otro lado de la desvanecida Perla Jones.

Morain alzó el mentón.

—El mejor —dijo, orgullosamente—. Necesitamos realizar el asalto en un lugar discreto, alejado de la carretera, ¿no? Sabemos que los envíos de la Asunción se hacen a través del atajo que lleva a la carretera Noventa y Cinco. Allí escogeremos el mejor lugar. Pero además, voy a servirme de esta muchacha para conseguir el mayor efecto con el mínimo de riesgos.

—¿A qué te refieres?

—Os lo diré cuando lleguemos allí. Por ahora, preocúpate de que la muchacha siga dormida. Así no nos molestará. Y tú, Chuck, acelera. Quiero llegar al atajo con suficiente antelación.

Transcurrieron treinta minutos. Luego, el chicano se desvió a la derecha y ascendió por el camino lleno de baches.

El viaje a lo largo de aquella ruta debía ser lento e incómodo. Pero ahorrraba casi cincuenta millas a los vehículos que se dirigían a Carson City a través de la Noventa y Cinco.

Ascendieron una regular cuesta y alcanzaron unos montículos erizados de peñascos.

—Éste es el sitio —dijo Morain—. Detente. Chuck.

El chicano sacó el coche fuera del camino y frenó al amparo de los riscos. Un lagarto enorme corrió entre los guijarros cuando los hombres salieron del vehículo.

—Saca a la mujer, Dan —ordenó Morain.

Perla Jones abrió los ojos cuando el hombretón la llevó en brazos hasta el roquedal. Allí la depositó a la sombra y esperó.

Perla exhaló un gemido. Morain la había golpeado en la cabeza, produciéndole una brecha. La sangre había manado y sus cabellos estaban pegajosos de sangre seca.

Morain miró a la joven y sus ojos relucieron de deseo. Jamás una mujer le había producido el efecto fulminante que Perla Jones había conseguido.

La deseaba, la deseaba ardientemente. Pero Morain sabía dominarse. Porque en el fondo, las mujeres no eran para él otra cosa que instrumentos de placer.

Perla o Silvie, qué más daba.

Sam se dejó caer al suelo con una metralleta entre las manos. También Gaines y el chicano, buscaron una sombra y se dejaron caer.

Sólo Morain permanecía en pie, mirando a la mujer. Luego se separó de ella y salió al camino.

—Venid aquí —llamó. Sus tres pistoleros se pusieron en pie de mala gana—. Escuchad: el *jeep* se detendrá aquí justamente. El camión quedará en la cuesta, a la altura de aquellas rocas...

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Chuck, incrédulo.

—Porque voy a poner a la chica en mitad del camino, idiota. Del *jeep* bajarán uno o dos hombres, mientras los otros aguardan. Por tanto, tú, Sam, te ocuparás de los que bajen, situado allí. Chuck disparará contra los que queden en el *jeep*. Tú, Dan, irás a la cuesta y sorprenderás al conductor en cuanto escuches los primeros

disparos.

—No está mal —comentó Sam, siempre inexpresivo—. ¿Qué harás tú?

—Yo estaré al volante del «Buick», por si necesito echaros una mano. Si cada uno de vosotros hace lo que he dicho, la cosa será fácil. Ahora tú, Chuck, ve a vigilar el camino. Te relevarán dentro de diez minutos.

La espera fue angustiada e incómoda. Sin embargo, apenas transcurrieron cincuenta minutos cuando Freeland, que estaba de turno, dio la voz de alarma.

—¡Ya llegan!

Morain miró a Dan y luego a la muchacha.

—Ponla *groggy* —dijo. Y se volvió de espaldas.

Perla apenas exhaló un chillido al recibir el golpe en la mandíbula. Gaines la tomó en brazos y la llevó hasta el centro del camino, dejándola sobre el ardiente suelo.

Inmediatamente cada cual corrió al puesto indicado por Morain. Pasaron los minutos.

Luego resonó el rumor de los guijarros desplazados.

El *jeep* apareció de pronto en la cima. Se oyó el frenazo y unas exclamaciones de asombro.

Los cuatro vigilantes del *jeep* permanecieron unos segundos observando el cuerpo de Perla.

Era obvio que desconfiaban. Al fin, dos de ellos bajaron del coche, mientras los otros dos elevaban las metralletas, vigilando en todas direcciones.

Primero sonó el estallido de la metralleta de Freeland. Fríamente, distribuía plomo sobre los dos hombres que caminaban hacia Perla.

Al mismo tiempo, Chuck rechinó los dientes y regó de plomo el *jeep*. Los dos vigilantes soltaron las armas y cayeron sobre el polvo.

Dan Gaines, por su parte, había subido al pescante del furgón de la compañía minera y apoyaba un revólver sobre la frente del conductor.

—No te muevas. Arranca, lleva el camión hasta la cima —ordenó.

Morain salió del «Buick». No parecía muy impresionado ante la horrible carnicería que tenía ante los ojos.

La sangre fue borrada con arena, los cadáveres fueron llevados al «Buick». Sam Freeland recogió el cuerpo inmóvil de Perla y la llevó al *jeep*.

—Sacad la gasolina del tanque del «Buick» y regadlo. Vamos a prenderle fuego —ordenó Morain, impasible.

—¿Quemar el coche? Vale más de diez mil dólares —protestó Chuck.

—No seas mezquino, idiota. El oro que hay en ese furgón vale millones de dólares. Vamos, daos prisa.

Cinco minutos más tarde, el flamante «Buick» ardía por los cuatro costados.

Morain, Freeland y Chuck subieron al *jeep*. Detrás, Dan Gaines acogotaba al conductor.

—¿Cómo te llamas?

—Walldom, Terry Walldom. Yo...

—Dejarás de llamarte así en cuanto dejes de cumplir mis instrucciones. Vas a seguir conduciendo. Evitarás detenerte en ningún sitio y procurarás no llamar la atención. En cuanto advierta algo sospechoso te lleno el estómago de plomo. Vamos, arranca detrás del *jeep*.

Los dos vehículos rodaron a lo largo de una meseta de unos tres kilómetros y comenzaron a descender por la Noventa y Cinco hacia el lago Walker.

—Excelente —dijo Morain—. Hemos conseguido, ese furgón y nos hemos librado de cuatro cadáveres y de un automóvil que podía comprometernos. Cuando noten la desaparición del oro recorrerán la ruta y encontrarán esos restos humanos. ¿Por qué no pueden ser nuestros propios cadáveres?

Lanzó una carcajada y miró de reojo a Chuck. Pero el chicano no parecía de humor.

—Es una locura —dijo de pronto Freeland—. ¿Cómo viajar por ahí con dos toneladas de oro en barras? Antes o después, nos descubrirán.

Morain volvió a reír. Miró a Freeland con desprecio y dijo:

—Nunca iríais a ninguna parte si yo no me ocupase de los problemas. Descansa, querido Sam. El oro no será un problema. Vamos a librarnos de él... provisionalmente.

Chuck desvió la mirada y le contempló con asombro.

—Dices que vamos a libramos de él. ¿Quieres decir... esconderlo? —preguntó.

—¿Qué otra cosa pueden significar mis palabras? Hemos tenido que huir de Chand Springs, pero dentro de ese furgón está la riqueza para todos nosotros. Dos toneladas de oro deben valer unos... seis o siete millones de dólares. Descansad, no tendréis que volver a preocuparos por el resto de vuestros días. Todos seremos ricos.

Pero en el fondo de su cerebro, Morain estaba esbozando un nuevo plan. Uno más.

Y en él estaba prevista la muerte de sus tres camaradas. Morain no quería arriesgarse a que alguno de ellos cometiera un error.

«Un hombre muerto no puede cometer errores», decidió. Y sonrió de oreja a oreja.

Chuck rió a carcajadas y Freeland esbozó algo que podía compararse, aunque remotamente, con una sonrisa.

CAPÍTULO XV

A las tres de la tarde, Hammond detuvo el *jeep* en una estación de servicio a la entrada de la ciudad de Hawthorne.

Un hombre bajó de un automóvil negro y fue a su encuentro.

—Soy Clarence Smith, comisario de Hawthorne. Captamos su llamada, comisario Álvarez. He tenido dos motoristas apostados en la carretera, pero ninguno de ellos ha visto el furgón y el *jeep* que usted describió. Por otra parte, he transmitido su mensaje a la policía federal de Carson City. Si puedo ayudarles de otra forma...

Pero Hammond no le escuchaba ya. ¿Cómo era posible que Morain no hubiera cruzado la ciudad de Hawthorne?

—Dígame una cosa, comisario. ¿Hay alguna posibilidad de seguir a lo largo de la Noventa y Cinco, rumbo norte, sin cruzar esta ciudad? —preguntó.

Clarence Smith comenzó a negar con la cabeza.

—No hay otro camino. Bueno, quizá... Pero me parece una tontería.

—Dígame, a pesar de todo. ¿A qué se refería?

—El túnel. Un tramo de túnel, ya abandonado, de unas cinco millas. Atraviesa un macizo rocoso, pero no lo cruzan ya los trenes. Está en desuso.

—Quizá es ése el camino. Es muy posible que Morain, si conocía ese túnel, hiciera todo lo posible porque nadie pudiera advertir el paso del furgón de la Asunción Gold Company —comentó Hammond.

—¿Qué haremos? —preguntó Álvarez, indeciso.

—Seguiremos adelante. Es la única forma de evitar que nos saquen ventaja. Por favor, comisario Smith, utilice su radio y envíe un mensaje urgente a Carson City. Necesitamos un helicóptero que reconozca la zona y encuentre el camión y el *jeep*. La vida de una mujer está en peligro.

—Lo haré inmediatamente. Pero están muy fatigados, Deberían descansar. Por otra parte, ¿quién le asegura que esa joven esté con vida a estas alturas?

Joe tragó saliva. No quería hacerse preguntas, sólo quería actuar y actuar, moverse. Mientras estuviera absorto en la acción no se dejaría torturar por los pensamientos.

—No hay tiempo para descansar. Use la radio, de la dirección que tomamos: lago Walker. Gracias por todo.

Mientras Álvarez pagaba la gasolina, un mozo les trajo dos botellas de cerveza.

Inmediatamente, Hammond arrancó y atravesó la ciudad de Hawthorne. Álvarez le ofreció una botella de cerveza que Joe se llevó ansiosamente a los labios.

El líquido helado, refrescante, les confortó. En cuanto hubieron salido de la ciudad, la aguja del velocímetro se elevó hasta alcanzar el máximo: ciento cuarenta kilómetros por hora.

En la carretera no quedaba el menor vestigio del paso de los dos vehículos perseguidos.

El rostro tostado de Hammond resistía bien el implacable sol y el reseco aire del desierto, pero Corey Álvarez acusaba ya los efectos de la insolación. La piel de su cara comenzaba a agrietarse, sus ojos se cerraban y su respiración era dificultosa.

A lo lejos, Hammond distinguió una masa verde. Inmediatamente, la temperatura refrescó un tanto.

Pronto pudieron ver la inmensa mancha azul del lago Walker. Corey Álvarez suspiró al distinguir el agua.

—Un baño —murmuró—. Daría un año de mi vida por sumergirme en las aguas de ese lago.

Poco después estaban a las orillas del lago. El lado oeste presentaba un contorno suave al margen de la carretera, pero la orilla este era abrupta y rocosa.

Ya iba a seguir carretera adelante Hammond, cuando distinguió el camino que se desviaba a la derecha contorneando el lago.

Frenó, saltó al suelo y corrió hacia allí. El polvo rojizo presentaba huellas recientes de neumáticos de camión.

—Ojalá no me equivoque —rogó mentalmente—. Creo que se han desviado por el camino.

El comisario había bajado también y estaba en la orilla del lago,

refrescándose las sienes con un pañuelo empapado en agua.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Tenemos que seguir adelante —gritó.

Subieron. El motor arrancó con dificultad, como si el corazón mecánico del automóvil se sintiese tan fatigado como los dos hombres.

El camino era ondulado e irregular. Describía curvas a izquierda y derecha, se apartaba de la orilla y volvía a ella.

Subieron una cuesta pronunciada. Hammond tuvo que reducir de velocidad hasta meter la primera.

Y al llegar a la cima, lanzó un grito de sobresalto.

La pendiente descendía bruscamente hasta el talud que daba al lago. Junto a unos álamos se hallaba detenido un *jeep*. Más allá, a unos quinientos metros, al borde mismo de la roca cortada a pico, se encontraba el furgón de la compañía minera.

Hammond había frenado en seco. Ahora metió la marcha atrás e hizo retroceder al vehículo hasta quedar fuera de la vista de los hombres que rodeaban el camión.

—Deme el rifle y los cartuchos —pidió a Álvarez.

—¿Qué va a hacer?

—Creo que puedo llegar al *jeep* sin que me vean. Me ha parecido ver un bulto en la parte trasera. Tal vez se trate de Perla. ¿Por qué no intenta establecer conexión con los federales? Estoy seguro de que ha sido enviado un destacamento desde Carson City.

—Lo haré. Tenga cuidado, Joe. Vuelva aquí inmediatamente si logra rescatar a la señorita Jones —rogó el comisario con un trémolo emocionado en la voz.

Joe tomó el rifle y una caja de cartuchos y se separó de él.

En las alturas, la vegetación era escasa y rala, pero lo suficientemente alta como para que un hombre pasase desapercibido cuerpo a tierra.

Avanzó muy despacio. Pronto sus brazos, desnudos, se llenaron de arañazos. Pero Joe no tenía tiempo para reparar en el dolor.

Cada vez veía el *jeep* de la Asunción más cerca. Cuando llegó al vehículo, Hammond se sintió asaltado por una emoción indescriptible. ¿Y si Perla estaba... muerta?

Se alzó despacio y miró hacia el talud. ¿Qué hacían Morain y sus hombres?

Lo supo enseguida. Había descerrajado la puerta posterior y... ¡arrojaban al lago dos toneladas de lingotes de oro!

No era mala idea, a fin de cuentas. El agua debía ser muy profunda allí. ¿Quién podría encontrar casualmente aquel tesoro?

Un leve gemido le obligó a incorporarse. Miró y tropezó con la mirada oscura de Perla Jones, atada y amordazada sobre el piso del *jeep*.

Junto al asiento delantero había una metralleta.

—Perla, pequeña mía —murmuró, tomándole las manos.

Ella sonrió débilmente y se dejó desatar. Hammond le ordenó silencio y la obligó a retroceder.

Alcanzaban el montículo, cuando un *jeep* brotó de la cima.

Era Corey Álvarez, que conducía el vehículo directamente hacia donde se encontraban Morain y sus pistoleros.

Hammond lanzó un reniego.

—¡Está loco! ¡Le van a matar! —gritó. Y en aquel momento lo comprendió todo: Álvarez quería morir—. Vete, corre hacia la carretera y detén el primer automóvil que pase. Yo me reuniré contigo en cuanto pueda —ordenó a la mujer.

—Pero..., ¡no puedo dejarte, Joe! ¡Te matarán! —sollozó Perla.

—¡Vete! —gritó Hammond. Y la empujó hacia delante.

Sin volver la vista atrás, Joe corrió como un loco hacia el *jeep* de la compañía minera y lo puso en marcha.

Metió segunda, aceleró a fondo y corrió tras el vehículo de Corey Álvarez.

Los hombres que descargaban el furgón oyeron el trepidar del *jeep* del comisario. Hubo un momento de indecisión. Luego, Morain gritó algo y los hombres se despararon.

Tronó una metralleta. Corey Álvarez recibió un balazo en el pecho y tosió secamente. Pero su revólver comenzó a disparar certeramente.

Dan Gaines, que corría a guarecerse tras el furgón, chilló como un conejo cuando un plomo calibre cuarenta y cinco le perforó el cuello de parte a parte.

Morain vio venir el *jeep* lanzado contra el furgón y gritó a Chuck, que estaba al borde del talud, protegido por las rocas:

—¡Dispara, idiota, dispara! ¿No ves que va a chocar contra el camión? ¿No has oído, estúpido? ¡Dispara...!

El chicano rió ferozmente y giró su metralleta. Disparó. Morain abrió mucho los ojos al sentir el picotazo inaguantable de los plomos en su pecho. Y cayó de bruces bajo las ruedas del furgón.

—Idiota, idiota... —murmuró Chuck, enloquecido—. No volverás a decirlo nunca más.

Freeland alzó su arma y apuntó a las ruedas del *jeep*. Corey Álvarez, muerto ya, cayó al suelo cuando el vehículo se estrelló contra el furgón.

El camión basculó un segundo al borde del precipicio y luego se volcó pesadamente sobre el vacío.

Freeland lanzó un alarido impresionante al sentirse arrastrado. También Chuck gritó de terror y saltó de entre las rocas.

A cincuenta metros, Joe Hammond rompió de un golpe el cristal limpiaparabrisas y disparó. Chuck cayó al suelo y un chorro de balas se escapó de su arma. Pero estaba muerto ya.

Tras el estrépito de las detonaciones, todo quedó en silencio. Hammond había frenado y contemplaba el cadáver de Corey Álvarez.

—Lástima —murmuró. Se inclinó y bajó los párpados del comisario.

Perla gritó, allá en lo alto. Joe corrió hacia ella y la abrazó y la besó desesperadamente, hasta que a ambos les faltó el aliento.

En el aire zumbó un helicóptero. Minutos más tarde, seis policías federales descendían del aparato y se reunían con Joe y Perla.

—Buen trabajo, Hammond —dijo uno de los

G-Men

—. Veo que se bastó usted solo. Soy el inspector Bob Kincard.

Hammond señaló el cadáver de Corey Álvarez y después a la propia Perla.

—No fui yo solo, inspector Kincard. Sin ellos, sin el comisario, sin la serenidad de Perla Jones, jamás habiéramos conseguido detener a Morain y sus *gangsters* —dijo.

Perla apretó su mano cálidamente.

Sobre las aguas del lago flotaba el furgón de la Asunción Gold Co.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

